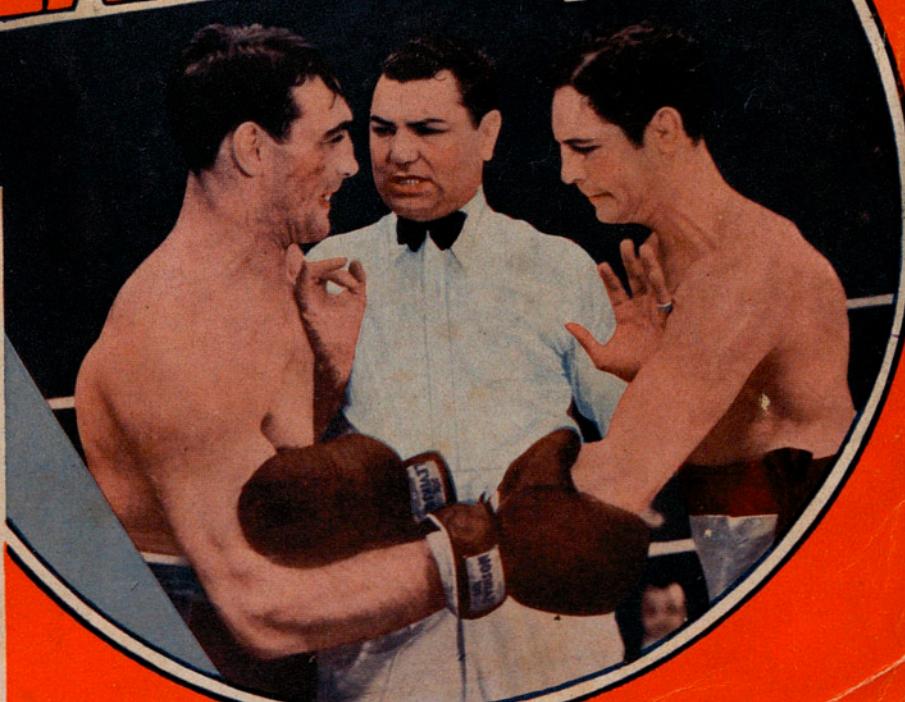


ED. JAMES  
BISBALINE  
1 pta

# EL BOXEADOR Y LA DAMA

MYRNA LOY  
MAX BAER  
PRIMO CARNERA  
JACK DEMPSEY  
OTTO KRUGER  
WALTER HUSTON



EL BOXEADOR Y LA DAMA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

## El boxeador y la dama

interesantísimo asunto, de extraordinario éxito

Dirigido por

W. S. VAN DYKE

Es un film de la famosa marca

METRO - GOLDWYN - MAYER



Distribuido por

METRO - GOLDWYN - MAYER

IBÉRICA, S. A.

Mallorca, 201

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

# El boxeador y la dama

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

### Reparto

Belle . . . . .	<i>Myrna Loy</i>
Steve Morgan . . . . .	<i>Max Baer</i>
Carnera . . . . .	<i>Primo Carnera</i>
Empresario . . . . .	<i>Jak Demsey</i>
Profesor . . . . .	<i>Walter Huston</i>
Willie Ryan . . . . .	<i>Otto Kruger</i>
Bugsie . . . . .	<i>Vince Barnett</i>
El hijo adoptivo . . . . .	<i>Robert Mac Wade</i>
Linda . . . . .	<i>Muriel Evans</i>
Una corista . . . . .	<i>Jean Howard</i>

### I

### EL TERROR DE LOS BORRACHOS

Un bar americano, no precisamente de lujo, con el público característico de esta clase de establecimientos: bebedores habituales, aficionados, más o menos entendidos al deporte del "ring", el más apasionante en Norteamérica, individuos de profesiones ambiguas...

Un hombre como de cuarenta y tantos años, con esa mueca típica en el rostro del que nunca está reñido con el alcohol, sombrero hongo la-

deado, punta de vanguardia entre los dientes y bigote corto rebelde, se hallaba rodeado de varios amigos, y todos montaban la guardia en pie junto al mostrador.

El tema de la charla, impuesto por el sujeto que hemos descrito, antiguo "manager", era la "boxe" y los boxeadores.

Aseguraba el individuo, con cierta dolida nostalgia:

—Señores: desengáñense, porque

yo sé muy bien lo que me digo en estos asuntos. Los boxeadores de la presente generación no son más que bailarines de oficio. Ya se acabó la madera de los pugilistas de ayer. ¿Dónde están los Sullivans, los Pitzmons... los Gaffneys? ¿Dónde están?

Sus amigos respetaban la opinión de aquel perito en la materia, y él extendióse en prolijas disertaciones, hasta que llegó la hora de la "dolorosa", de abonar la cuenta de lo bebido, que no era excesiva, pero suficiente para ponerle en un aprieto.

—Setenta y cinco céntimos—dijo el mozo del bar—. Tres copas.

El "manager" hizo una concienzuda búsqueda en sus bolsillos, donde sólo se hallaba el vacío insindicable, y manifestó:

—Pues... si yo tenía... Tengo la seguridad de que traje... ¿Habré olvidado el dinero...? Después de todo, es un detalle...

—Permítame usted, Profesor—terció uno de los amigos y aprontó las monedas que se requerían.

Luego preguntóle:

—¿Usted era el "manager" de Gaffney, si no me equivoco?

El llamado "Profesor" evocó en

un instante aquellos tiempos de oro del pugilismo en que era uno de los astros entre los "managers" y acompañaba a Gaffney en sus triunfos.

—¡Yo hice de él lo que llegó a ser! Yo le fuí formando hasta la cumbre de su forma. Tenía una izquierda como la lengua de una serpiente y una derecha como una maza de hierro. Murió el 27 de mayo de 1906... y yo he estado borracho desde entonces. ¡Aquél era un boxeador! ¡Noventa y siete kilos de musculatura soberbia! No se vea hombres de esa clase ahora. En contextura se parecía un poco a ese muchacho...

Se refería al mozo del bar, cuya constitución física, realmente, era formidable.

Estatura aventajada, hombros sólidos, cintura ágil, bíceps hinchaos y antebrazos de recia solidez.

Siguieron haciendo los bebedores comentarios boxísticos, y junto a ellos surgió una discusión en términos violentos.

Dos hombres beodos querían ser los dueños de unas monedas que, como sobrante al pago de una consumición, habían sido echadas sobre el mostrador.

Uno gritaba agresivamente:

—¡Esos cincuenta céntimos son míos!

Y el otro:

—Le digo que esos cincuenta céntimos me pertenecen!

—No consentiré que me roben esa cantidad!

Ya se iban a las manos, amenazando con turbar la tranquilidad de los clientes, y acaso causar algún destrozo, y el muchacho de atlética contextura intervino:

—¡Devuelva el dinero quien no sea dueño de él!—exclamó energicamente.

Pero los borrachos no estaban dispuestos a obedecer a nadie; antes bien, subieron de pronto el alboroto y tenían trazas de lanzarse sobre el mozo y sobre todo, el que se presentase.

Comprendió el mozo que era llegada la hora de una intervención activa. Tal como estaba, al otro lado del mostrador, cogió a uno de ellos por la ropa y lo elevó por los aires hasta sí. Luego hizo lo mismo con el otro, y como todavía se rebasen, dos puñetazos rotundos les dejaron dormidos y a merced del golpeador.

Este, después, agarró a los dos

beodos, uno en cada mano, y los sacó a la calle, como quien maneja poco menos que dos almohadas de plumas.

Al volver de aquella faena, el mozo habló con Linda, la empleada del establecimiento, y como creyese ver en ella cierta cara de susto, la preguntó:

—¿Te inspiran temor los hombres fuertes?

Ella hizo un guiño con los ojos.

—Al contrario, me gustan.

—¿Tienes algo especial que hacer esta noche?

—Nada especial.

—¿Dónde quieres que vayamos?

—Donde tú digas.

Junto al mostrador, el "manager" seguía gesticulando.

Linda hizo observar al mozo, después de fijarse en el desaliento del profesor:

—¡Qué tío más raro! ¿Te fijaste qué aspecto?

—Sí, ¿eh?, pues con toda esa facha fué el entrenador más enteraido de su tiempo.

Y, luego, como observase que el hombre de quien hablaban discutía excitadamente, se fué hacia él para ofrecerse:

—¿Le ocurre algo, señor?

—¿Señor? Verá, mis amigos me llaman "Profesor". ¿Cómo te llamas?

—Steve Morgan.

—¿Y de dónde procedes?

—De Singapore, Australia.

—¿En qué te ocupabas en tu tierra?

—En lo mismo que aquí, en echar fuera a los borrachos.

Cada vez admiraba más el "manager", como buen conocedor, la excepcional contextura de Steve.

Una idea cruzó por su cerebro: ¿por qué no hacer pelear a aquel muchacho? El podía conseguir un combate, aunque no fuese de gran trascendencia, ganarse unos dólares de paso, y tal vez poner el primer jalón de la carrera de un pugilista.

—¿Qué te parecería—le dijo—hacerte con cincuenta o sesenta pesos?

—¡Hombre, encantado! Precisamente, ahora, lo mismo que otros días, me hace falta dinero. Claro que no tratándose de negocios turbios.

—Desde luego que no. ¿Es que tengo yo cara de chantagista? Hablo sólo de una pelea de boxeo. ¿Aceptas?

—¿Por qué no?

—Bien, cuenta como embolsados los cincuenta pesos. Espérame aquí.

Y se fué al teléfono para resolver sobre la marcha y parlamentar con el empresario y organizador Jack Dempsey.

—Quiero hablar con Jake—dijo, cuando contestaron a su llamada.

—¡Ah! ¿Es el "Profesor"?

—Sí; mira, he oido que Maloney no puede pelear el viernes.

—Así se cree.

—Pues tengo un sustituto.

—Si es como el último que me presentaste, puedes guardártelo para ti.

—Oye, Jake, te aseguro que no estoy borracho... éste es un verdadero hallazgo, hablo con toda seriedad.

—Bueno, haré la prueba otra vez; pero, entendámonos, si no aguanta tres "rounds", por lo menos, no aflojo ni un céntimo.

—Bien, bien, conformes. ¿Y el pago será los cien pesos de costumbre?

—Esto es.

Abandonó el teléfono y dirigióse a Steve Morgan a quien Linda decíale:

—Ese tipo está chalado, ¿no lo ves?

—Todo lo que quieras—respondió Steve—, pero cincuenta pesos valen la pena...

El "manager" procedió a fijar las condiciones para conocimiento del neófito:

—Lo estipulado es esto: te darán cien pesos por la pelea. Yo, como agente, tomaré cincuenta... o cuarenta, vaya...

—Entonces, a mí me dan sesenta.

—Claro es; no hay trampa ninguna, el negocio está clarísimo. ¿Qué tal estás de respiración?

Steve hinchó el pecho, de gran robustez.

—Como un fuelle.

—Bien, ahora a los negocios. Tienes que comenzar a entrenarte inmediatamente. No puede perderse un solo día, porque no basta con tener fortaleza...

El muchacho miró a Linda y lamentóse:

—Teníamos otros planes para hoy muy distintos del entrenamiento.

Y acercándose más a la empleada, le dijo al oído:

—Espérame; ya ves que hay negocios por medio, pero, créete que valgo la pena de que espere una mujer.

## II

## LA DAMA DEL AUTOMOVIL

En el campo, con toda la interminable carretera por delante, el joven Steve Morgan corría, haciendo el "footing", de que no se pue-

de prescindir en los entrenamientos.

Su entrenador iba a su lado, en un automóvil ligero, ajustando su marcha al paso fatigoso de Steve.

No obstante la enorme fortaleza del mozo del bar, no estando habituado a aquel ejercicio, cansábase de tan prolongada carrera.

Por eso preguntóle al "Profesor":

—¿Hacía también todo esto el joven Gaffney?

—Corría diez millas de ida y otras diez de vuelta con la ligereza de un antílope. Era un encanto verlo saltar tan ágilmente dando puñetazos Gaffney?

El acompañante del "manager", viendo el gesto de Steve, hizo observar a aquél:

—Después del viernes por la noche, me imagino que el joven Morgan deseará cambiar de profesión.

De súbito, en un recodo de la carretera, apareció otro automóvil lanzado a toda velocidad.

Tan rápidamente vino a alcanzar el que ocupaban los auxiliares de Morgan, que éste no tuvo tiempo más que para subir de un salto en el estribo, asiéndose a la portezuela.

Cruzáronse los dos coches, casi rozándose, e hizo cada cual una maniobra apresurada: tanto el "Profesor", que estuvo cerca de tragarse su cigarro puro, como la conductora del otro coche. Y decimos la conductora porque tratábase de una mujer.

No pudo ésta, después del viraje apresurado, hacerse con el mando del volante, y fué el vehículo a volcar en una cuneta.

A toda prisa acudieron el boxeador en ciernes y sus amigos para prestar los auxilios que fueran necesarios.

Junto al auto maltrecho, estaba semidesvanecida una hermosa mujer joven, a quien Morgan se dirigió con toda solicitud.

—¿Se ha lastimado usted? ¿Se encuentra herida?

—No; no debe ser nada.

—La llevaré a la granja más próxima. Aquélla que está ahí cerca.

Y como quien coge un copo de lana, tomó a la joven en sus brazos fornidos.

Una vez dentro de la granja cercana, donde se les recibió con abierta hospitalidad, la depositó blandamente en un canapé.

La buena señora dueña de la

granja acudió al momento con la cohorte de unos cuantos curiosos chiquillos, a los cuales hizo abandonar la estancia, no sin necesidad de interponer toda su autoridad.

Steve se apresuró a telefonear a un facultativo, por si hiciese falta su presencia.

—¡Debe venir inmediatamente —dijo al estar al habla—; el automóvil de la señorita en cuestión, cayó en una zanja! ¡Dese prisa, doctor!

Al punto retornaba cerca de la accidentada, a la cual, un poco por el percance que le había acaecido, y otro poco porque cada vez iba percatándose más de su belleza, prodigaba todo género de atenciones.

—¿Tienen un poco de whisky? —inquirió de la dueña de la casa.

Pero la dama del automóvil no tenía lesión alguna, como atestiguábalo el hecho de no perder su buen humor.

—No se preocupe de ese modo, hombre, no estoy, ni con mucho, para tanto cuidado.

Luego se dispuso a aligerarse de ropa para tumbarse cómodamente, y para evitar la mirada indiscreta y ávida del mozo le ordenó, entre-

gándole el amplio lienzo del abrigo:

—Sostenga esto delante de sus ojos, y tenga mucho cuidado, jeh?

Sostuvo Morgan la tiranía de aquel telón que levantaba tan déble pero inevitable muralla, y ella se fué aligerando de las prendas más embarazosas, hasta quedar con la suficiente comodidad en aquel lecho improvisado.

El atleta semiarrodillóse ante la dama y pudo contemplarla en toda su belleza.

Tenía unos ojos dulcísimos y una boca fresca y perfectamente dibujada, y su rostro de una sana hermosura estaba enmarcado por una cabellera rubia leonada que le añadía atractivo e interés.

Los hombros y el pecho, que estaban casi al descubierto hasta la iniciación de los senos, arrogantes, eran de las más espléndidas proporciones.

Steve, después de ofrecerle whisky y todo cuanto se puede ofrecer, y decirle con su ironía infantil: "su chofer es un descuidado", comenzó a palpar con sumo cuidado (¡diremos con deleite!) las turbulencias que suponía pudieran estar doloridas.

—Acaso tiene algún hueso roto?

E intentaba pasear su mano ancha y sólida por las clavículas, por los brazos, por donde existiesen huesos, que sería bajo cualquier lugar de aquella mórbida delicia.

La dama le atajó en su tierna minuciosidad:

—Creo que estoy entera. No necesita corroborarlo.

—¡Oh! Me gusta averiguar las cosas que son de importancia, por mí mismo.

—Yo detesto los exploradores.

En este instante presentóse el entrenador de Morgan.

—Inspeccionas todo el territorio, ¿eh?

—¿Le importa mucho? ¿Acostumbra usted mirar por las cerraduras?

—No; no me hace falta... entro sin llamar. Está muy bien toda esa musculatura para su cabeza de adquín.

—Encantado con el piropo.

—Puedo ayudarte en algo?

—No, muchas gracias.

Siguió un breve diálogo, y como a la joven del automóvil no le aquejaban lesiones algunas y aquella situación tenía que terminar, llegó la hora de despedirse, sin que, en realidad, el aspirante a púgil, tuviera deseos de que así sucediese.

Ella quiso expresar su gratitud por las atenciones del atlético mozo:

—Me ha hecho usted un gran servicio, del que quedo muy agradecida. ¿Cómo podré corresponderle?

—¿Ha visto usted alguna pelea de boxeo? Vaya el viernes por la noche al club atlético.

—¿Le interesa?

—Sí, un pobre infeliz va a boxear ¡conmigo!

Y subrayó este "conmigo" como si ya viese triturado a su contrincante.

Ella lo notó y no se abstuvo de comentarlo:

—No se menosprecia usted, ciertamente...

—No deje de ir, encontrará la localidad a la entrada.

## III

## EL PRIMER COMBATE

Noche de pelea en el Club de Atletismo.

Si bien la anunciada lucha no era de astros célebres del pugilismo, el público había acudido en crecido número, lo cual denotaba la gran afición y la curiosidad por los boxeadores nuevos.

Todo estaba preparado para comenzar, y el empresario, poco esperanzado en los hombres de nuevo cuño que surgen espontáneamente, aun discutía con el "Profesor", actual "manager" de Morgan.

—Ya lo advertí; si el mozo que me ha traído no aguanta tres "rounds", no habrá un centavo que cobrar.

—Bien; ya tengo en cuenta la advertencia. ¿Es posible que a un

hombre de mi historia le sea tan difícil ganar el dinero?

El "Profesor" fué junto a su discípulo a prodigarle sus consejos.

—Hablaron de las condiciones del combate, del porcentaje a cobrar cada uno, y Steve, jovialmente, le dijo:

—Eres un viejo embaucador. Ya sabes bien lo que te haces. ¡Si no necesitara esos sesenta pesos, no pelearía!

—Bueno, tú piensa sólo en que tienes que aguantar tres *rounds*; esto es lo fundamental. Y tu contrincante es un pugilista excelente.

—¡Bah!, no será tanto.

—Además—le advirtió el "Profesor"—, no vayas a creer que esto es una pelea callejera, donde no

hay más que pegar de cualquier modo. Aquí hay reglas a las que es preciso ajustarse.

—No se preocupe por mí. Ya verá cómo sobra tanto sermón.

Al dirigirse, cubierto con la batuta, hacia el cuadrilátero, sus ojos tropezaron, en las sillas de ring, con la joven del accidente automovilista, que, por lo que se ve, había acudido a presenciar el encuentro.

Un señor muy atildado se encontraba cerca de la localidad de ella, y cuando Steve la saludó y la dijo con su gesto más expresivo: "Más tarde nos veremos...", el buen hombre, queriendo hacer suya la salutación y presumiendo de ser "gente" conocida entre los pugilistas, creyóse obligado a explicar:

—Le he visto combatir muchas veces... Y ellos, claro, conocen bien a los buenos aficionados.

En esto, la campana anunció que iba a dar principio la pelea, y el árbitro anunciaba:

—Señores: una pelea especial, a diez "rounds" entre Steve Morgan, una esperanza del pugilismo, y el conocido boxeador Jackson, de peso completo.

El "manager" advirtió a Morgan antes de comenzar:

—Toma en serio esta pelea. ¡Quién sabe lo que significa para ti! Cuando te deje "knockout", se contará despacio, ¿entiendes?

—Dígale eso al otro, que tal vez lo necesite.

Principió la lucha, y, aunque el adversario era un hombre hábil en los recursos del "ring" y de gran fortaleza, en seguida advirtióse la superioridad de Morgan.

Tuvo a Jackson acorralado constantemente contra las cuerdas, y a merced de sus puños como arietes.

Tanto, que al ver la escasa melilla que las acometidas de su enemigo le causaban, hubo de decirle, en medio del match:

—¡Déjate de juegos; pelea de verdad!

La prueba acabó "noqueando" el muchacho del bar limpiamente al "conocido pugilista" Jackson.

El "Profesor" no cabía en sí de entusiasmo. Mascaba su puro, con el gesto del hombre que ha hecho el hallazgo que se busca día por día.

—¡Tengo el próximo campeón del mundo!—gritaba—. ¡No lo duden! ¡El joven Gaff revive en este Morgan!

Fué a palmotear en las espaldas

de Steve con su ruidosa alegría.

—Espéreme aquí mientras me visto—rogóle el nuevo púgil a su maestro.

Un amigo del "Profesor", persona muy al tanto de aquel mundillo en que se movían pugilistas y promotores, acercóse a él para advertirle:

—Tiene ese chico todo lo que necesita un buen boxeador... pero que no se meta con la novia de Willie Ryan. Es un consejo.

—¡Ah! ¿El famoso Willie Ryan?

—El es el amo del casino y de todo. El contrata boxeadores. En fin, es el peor enemigo.

Al tiempo que se pronunciaban estas palabras, Morgan, dirigiéndo-

se a su cuarto se detuvo a hablar con la dama del automóvil, la novia del famoso Ryan.

Le felicitó ella por el éxito de su pelea, y después se opuso resueltamente a los requerimientos de él de salir juntos:

—Lo siento mucho... pero es imposible.

—¡No se vaya, se lo ruego!

Pero la entrevista fué un momento fugaz, y al desaparecer ella, al ritmo del contoneo de sus firmes caderas, el púgil, dijo a un chico del Club, que se hallaba allí cerca:

—¡Un peso te ganas, si averiguras la dirección de esa señorita!

Y el chico, impelido por la esperanza de tal cantidad, partió en carrera ultraveloz...

IV

LAVADO DE CABEZA

A solas con su discípulo, el "profesor" no dejaba de frotarse las manos y de prometerse el más halagüeño porvenir.

—¡He rejuvenecido treinta años esta noche!—decíale a Morgán—. Tú no sabes lo que es volver a ser lo que se ha sido. Pero mucha atención; nadie debe intervenir en tu carrera. Frente a nosotros se abre un largo y brillante camino. El porvenir es nuestro, y, si no te desvías de mi dirección, todo irá viento en popa... Pero hay cierto punto que convendría arreglar.

—¿Qué es?

—Esa muchacha, que tú y yo sabemos, es la prometida de Willie Ryan.

A Steve en aquellos momentos

de euforia, no le costaba gran trabajo prometer lo que le pidieran:

—Está bien; queda eliminada.

No se preocupe por eso.

—Pues ya verás cómo van a ir nuestros asuntos. Lo de hoy es una miseria comparado con lo que vendrá. ¡Ah!; el mundo es nuestro, muchacho, te lo digo yo...

—Bien, ya hablaremos mañana... ahora tengo sueño.

—No tanto como el camarada Jackson.

Y se separaron con la imaginación llena de sueños de color de rosa.

\*\*\*

Willie Ryan, el hombre que regía aquel Club opulento, a pesar de su característica, el dominio sobre sus nervios, en aquella ocasión estaba dominado por el desasosiego.

El retraso de Belle, su prometida, y todo lo demás de que hallábase al tanto, ya que la vasta red de sus amigos y aduladores era suficiente para que no ignorase nada,

teniale, como vulgarmente se dice, sobre ascuas.

Ryan no era joven, únicamente en el caso de que se llame sólo juventud a esa edad en que apuntan el bozo y las ilusiones.

Pero se hallaba en la plenitud de la verdadera juventud madura y su aspecto era elegante y agradable.

No podía extrañar, pues, que una mujer como Belle le amase, aunque sin impaciencias.

Cuando le llamaron telefónicamente a su despacho, para hablarle de las averiguaciones relacionadas con su prometida, desde el Club de Atletismo, contestó:

—Sí; ya sé que estuvo allí. Gracias. ¿Cómo se llama el boxeador?

Y, sin duda, le dijeron el nombre del muchacho del bar.

Belle debía haber llegado ya, pues figuraba entre los números de atracciones del Casino, y actuaba, como todas, aquella noche.

No tardaron, sin embargo, en anunciarle a Willie:

—Miss Mercer esté aún su camarín.

Y Ryan fué a entrevistarse con ella, y lo hizo procurando conservar su sangre fría de siempre.

—Has llegado tarde, cosa muy rara en ti—fueron sus primeras palabras.

Ella, mientras atendía a componerse delante del espejo, como no dando importancia a la pregunta, contestó:

—¿Estabas preocupado por ello? Pues ha sido una casualidad: una

amiga de Cleveland me telefoneó, ¿sabes?...

—Lo que sé es que no es verdad. ¡Vaya!—dijo, sin abandonar su sonrisa indulgente—. ¿Qué tal estuvo la pelea?

—¿Me has hecho seguir?

—Nunca haría semejante cosa. Jamás hice nada parecido. Unos muchachos, también por casualidad, te vieron allí y me lo dijeron en una conversación no provocada por ellos ni por mí.

—Te explicaré todo. Morgan, el chico ese que ha peleado, me sacó de la zanja donde sabes que caí con el coche... y me pareció mal no aceptar su invitación para ir a verle combatir. Te advierto que da quince y raya a muchos boxeadores engreídos.

Animaba de entusiasmo el elogio, sin darse cuenta, pero sin que escapase a la observación de Ryan.

—Veo—notó él—que no se te va ese muchacho de la cabeza.

—No hagas caso; pienso lavármela esta noche.

Y quedó pensativa, con una sombra en el semblante, desusada en su alegría habitual.

Willie le tomó una mano para

decirle sin acritud:

—¿Qué te pasa, mujer? No temas ser explícita conmigo.

—No lo sé, esa es la verdad.

—Hablaremos de ello más tarde, en tu casa.

\*\*\*

En los elegantes comedores del Club, Ryan, con Belle y un buen número de amigos, ocupaba una de las mesas.

Como organizador de boxeo, se le hablaba, preferentemente, de esta cuestión.

El les decía:

—He estado buscando un boxeador de peso completo y Belle, que es tan amable, ha querido ayudarme en la tarea.

Belle, y seguramente alguien más, notó el deje de ironía.

—Sí, un boxeador excelente. Todo un real mozo.

Pero el "real mozo" no tardó mucho en aparecer.

El sabía donde se encontraba la

dama, y las demás consideraciones carecían todas de importancia.

En la puerta tuvo un altercado con los porteros, que no juzgaban procedente su traje de sport, de clara tonalidad gris, para entrar en el comedor.

—El vestido de etiqueta es obligatorio. Es una norma de la casa; no podemos permitir...

—El que yo traigo es mucho más cómodo, y si he llegado hasta aquí no ha de ser para quedarme en la entrada.

Y Steve, venciendo la oposición de los cancerberos, tan débil para él, penetró ruidosamente, entre empujones y protestas.

Willie Ryan comentó, al verle:

—Es este nuestro amigo Steve Morgan, ¿no? Bien. Le invitaré a nuestra mesa.

Fué con su sonrisa de siempre junto a él y se presentó con amabilidad:

—Yo soy Willie Ryan. ¿No lo sabía? Véngase con nosotros. Estará más distraído y quizás... más a gusto.

El muchacho, no deseaba otra cosa y aceptó sin más insinuaciones.

De no ser por la naciente rivalidad con Willie, que todos empezaban a sorprender, el efecto producido por el joven púgil hubiera sido de franca simpatía. Su rostro, aunque con esos trazos fuertes de casi todos los hombres que viven de sus puños, no expresaba brutalidad, sino más bien una ingenua nobleza.

Sus miembros, no obstante su solidez, tenían proporciones armónicas, y una sonrisa casi infantil denotaba en él un fondo de bondad.

Willie deslizó al oído de Belle:

—¡Qué coincidencia! ¿eh? ¿Quién sigue a quién?

Luego le presentó al púgil varios de sus amigos.

De uno de ellos, hombre de avanzada edad, le explicó:

—Es mi hijo adoptivo. Va con

migo a todas partes, para esparcarme las moscas.

—Sí, ¿verdad?—contestó Morgan—. No me parece mal oficio. Según cómo le remuneren.

Aquella charla trivial fué interrumpida por una voz que anunciable:

—“Miss Belle Mercer va a cantar: “Siguiendo la corriente”.

La concurrencia compuso un gesto de deferencia y atención, pues la artista disfrutaba de todas las simpatías, y los ojos de Steve se abrieron más de lo ordinario, para contemplar ante el público, a aquella mujer que no tenía más defecto que ser la novia de Ryan.

Belle hizo gala de una voz dulce y armoniosa y un delicadísimo gusto además, y su labor fué premiada con una calurosa explosión de aplausos.

La belleza de su rostro, deliciosamente influenciada por la inspiración del canto, alcanzó su más alta calidad.

Terminada la canción, como si a Willie le enojase la insistencia contemplativa del boxeador, comenzó a mirarle desabridamente. Más tarde, le indicó:

—Ahora puede usted retirarse.

Mas el púgil deseaba algo muy distinto:

—Quisiera bailar antes con... — y miró, casi con cómica expresión de deseo, hacia donde estaba Belle.

—No se permite bailar a los empleados.

Steve Morgan no dió importancia a estas palabras, ya que sólo atendía a ponerse al hablar con Belle, orillando toda otra consideración.

—¿Puedo despedirme de la señorita? — preguntó entonces.

Claro que a esto ni Willie ni nadie podíase negar.

Belle, cuando Morgan se acercó a despedirse de ella, contuvo exteriorizar la gran alegría que producía hablarse, y su primera pregunta fué:

—¿Sabía usted lo de Willie Ryan?

\*\*\*

Ryan acompañó a miss Mercer hasta su casa.

Por la mente de él cruzaba todo

—Sí, estaba enterado.

—¿Y vino, a pesar de todo?

—¿No ve que estoy aquí?

—Pero este comportamiento es absurdo, no hay razón para ello.

—La única razón poderosa, es que me gusta usted.

—No es bastante; nada autoriza a cometer locuras.

Siguió unos momentos este diálogo, hasta que vinieron a avisar a ella.

—Le toca el próximo número, miss Mercer. ¿Está preparada?

Antes de marchar a su actuación, su última advertencia dirigida al vencedor de Jackson, no con toda la energía que ella misma hubiera querido, expresaba algo terminante:

—Es necesario que le diga que no quiero verle más.

riesgo cerníase sobre la tranquilidad de relaciones con su prometida.

Abrigaba la evidencia de que no bien se quedase ella sola, la obsesiónaría el recuerdo del otro hombre que había surgido de un modo tan espontáneo.

Por esta causa, al llegar a la escalera, se permitió aconsejar a Belle:

—Quizás sería mejor que Sonny te acompañara...

—¿Por qué?

—Para protegerte contra ti misma. Si el pensamiento se echa a volar es muy difícil detenerlo y frecuentemente desatina.

—No lo creo necesario. Queda tranquilo.

—Ese es el signo de nuestro amor: la tranquilidad. Si yo hubiese sido romántico y exaltado, como un héroe de novela...

—Esto no va con nosotros, querido, ya lo sabes. Aunque no sea el nuestro, supongo que existe otra clase de amor.

—Sí, un amor volcánico. ¿No es eso?

—No sé, a veces pienso en ese amor que se enciende como una rueda de fuegos artificiales y gira, gira vertiginosamente en una sinfonía de color hasta producir un vértigo maravilloso... o tal vez relampaguea y se apaga de golpe...

Quedó pensativa, como sugestionada por sus propias ocurrencias.

El lamentóse:

—Nuestro amor no ha sido ninguna de estas cosas, ¿verdad?

—Pero, en cambio, fué exquisito y continuará siéndolo.

Willie sonreía y luego oyó de labios de ella:

—Buenas noches, querido.

—¿Dormirás tranquila?

—No quiero fingir. Necesito un "shampoo". Esto me despejará la cabeza.

—¿Y deshará el enredo?

—Por supuesto. Lo deshará.

La sonrisa de Ryan se endureció un instante.

—No me obligues a arrancarlo de raíz.

\* \* \*

Cuando iba a entrar en su habitación, encontróse de pronto Belle con quien menos esperaba.

Aquel muchacho tan fuerte como tenaz, no quería demorar los dictados de su impaciencia.

Morgan, que no era otro quien podía así perseguir, como una sombra, hasta su misma casa, a miss Mercer, surgió ante ella, ya casi con la insistencia de lo inevitable.

—¿Qué decía usted a propósito de "shampoo"? — le dijo aproximándose a ella.

— Nunca pude creer que vendría aquí. Es usted muy tozudo, pero no crea que va a lograr sus intentos, no lo crea.

El boxeador no carecía de flema, cuando llegaba el caso.

— No creo nada... todavía.

— Ni debe esperarlo nunca. Mire, para un buscador de emociones como usted, hay en el piso de arriba una vieja solterona...

— ¿Cuántos años tiene?

— Alrededor de cincuenta.

— ¡Demasiado joven parece! Pero, ¿es hermosa?

— Según cómo sea usted de exigente.

— Usted sabe cuál es mi gusto.

Se apresuraba Belle a intentar que se diese fin de un modo radical a aquel coloquio, más que nada, en el fondo, porque no tenía la perfecta confianza en sí misma que hubiera deseado, y que hubiera deseado Willie Ryan.

— Váyase, váyase de aquí, Morgan!

El aludido no hizo ademán que pudiera suponer obediencia. La envolvió en sus miradas de ternura amorosa:

— ¿Ha visto usted alguna planta de gardenia en flor?

— Sí, la habré visto.

— Usted huele a eso, a gardenias.

— Veo que sabe decir cosas muy bonitas, en ocasiones.

— Ahora, que es un perfume capaz de volverle a uno loco.

## EL BOXEADOR Y LA DAMA

Steve con toda su tranquilidad había penetrado en el cuarto de ella.

— ¿No me ofrece algo de beber? — preguntó.

— Algo de beber? Sólo tengo cerveza.

— Con ese líquido me criaron.

Sentía Belle la potente respiración del muchacho, agitada en aquellos momentos, muy cerca de sí, y,

con los ojos puestos en lo remoto de sus propias fantasías, le dijo:

— ¿Ha visto alguna vez las ruedas de fuegos artificiales?

— He visto el espectáculo que no puede olvidarse. Le he visto y nadie me hará apartarme de él...

— Aunque sea por unos momentos, ¿verdad?

— Yo hablo de no apartarme nunca.

## V

### ¡SE HA CASADO CON EL!

Fué una verdadera campanada que daba un rudo golpe al prestigio hasta ahora incombustible de Ryan.

Su prometida, Miss Mercer, había desaparecido con el nuevo boxeador Morgan, sin que el hecho de existir unas relaciones con alguna anterioridad, lo justificase.

Willie, que tenía a su novia por mujer ecuánime, incapaz de perder

el control de sus actos por el alicente de una aventura, estaba sumido en la desesperación.

Desplegó su gran número de empleados y amigos, a la búsqueda de Belle y estaba en su despacho con varios incondicionales, conectado al teléfono y sin darse punto de reposo.

A cada timbrazo poníase ávido al auricular:

—¡Digan! ¡Hablen! ¿Han descubierto algo de miss Mercer?

Lo que más le irritaba era que la policía oficial no hubiera aún dado con el rastro.

—¡Vaya un departamento de policía, para un apuro! — exclamaba—. Mis muchachos lo hacen mejor.

Y seguía inquiriendo detalles.

—¿Se ha llevado toda su ropa?

—Solamente un vestido de viaje.

—¿Se advierten señales de que hayan bebido durante la noche?

—Hay dos botellas de cerveza... pero están intactas.

—Bien. No dejen de hacer pesquisas minuciosas. Y avísenme de hora en hora lo que se sepa.

Había hecho venir Willie al “profesor”, suponiendo que pudiera tener noticia del púgil y de la desaparecida.

En cuanto se presentó el “profesor”, aquel empleado fiel de Ryan que fué presentado a Morgan como el hombre cuyo destino era espantar las moscas del empresario, se colocó detrás del “manager”, como quien se prepara a todo lo que pueda venir.

El buen entrenador sabía lo que significaba la actitud expectativa

del guardaespaldas de Willie, y pudo comprobar en seguida la calidad de encerrona que aparentaba todo aquello.

Pero no era hombre pusilámine.

—No me asusta usted—se encaró con Ryan—, ni me asustan las amenazas ni las armas. Si quieren algo de mí, quítenme ese “espanta moscas” que tengo detrás, y entonces hablaré.

—Eso es lo que hace falta, que hable con claridad. ¿Dónde está su boxeador?

—Es algo que ignoro.

—¿Cuando le vió por última vez?

—El viernes por la noche. Eso puedo afirmarlo sobre seguro.

—Consideré que es grave lo sucedido.

—Y tan grave. ¡Otro gran pugilista que se pierde!

Willie amenazaba:

—Como lo llegue a atrapar, aprenderá de qué le sirve su desfachatez a ese mozo sin escrúpulos...

Y el “profesor” rompía una lanza en defensa del muchacho:

—¿Y por qué echarle a él toda la culpa? ¿Es que las artes de una mujer no juegan para nada en estos asuntos?

Aquel estado de nerviosismo resolvióse al fin con la aparición de la propia interesada en medio del asombro general.

En cuanto la vieron, en los rostros de dos hombres—el profesor y Ryan—pintóse la ansiedad por conocer pormenores. Al primero le interesaba recuperar su discípulo, al segundo recuperar la mujer.

Y fué el primero quien preguntó a ella inmediatamente:

—¿Dónde está Morgan? La recién llegada afirmó:

—Donde debe estar.

Y Willie intervino, autoritario:

—A mí me incumbe decidir este asunto. Podéis retiraros todos sin tiempo que perder.

Y a solas con Belle dejó escapar el surtidor de sus reproches:

—Veamos, cómo se explica esto, si es que tiene alguna explicación. ¿Has perdido la cabeza? ¿Te has vuelto loca, o qué ha sucedido?

—Algo muy hermoso — afirmó ella con un suspiro.

La firmeza de una mujer a quien él tomaba por la simple gozadora de una aventura, le exasperaba y le llenaba de confusión.

—¿Con un hombre de esa clase? Nunca lo hubiera creído.

—Me figuraba que ibas a interpretar así lo que ha pasado.

El, con la cabeza entre las manos, se lamentaba acerbamente.

—La mujer a quien amo, dejándome plantado como una... cualquiera.. No esperes que te perdone. ¡Me has convertido en el hazme-ir de todo el mundo!

—No fueron esas mis intenciones.

—Y a pesar de todo, no puedo conformarme de que tú y él hayáis estado juntos. Pero no escapará a mi venganza. Le haré dar un baño de kerosene y le prenderé fuego yo mismo.

—Le amo y no puedo ya vivir sin su cariño. ¡Me he casado con él!

Ante lo irremediable, Willie hizo un gesto de renunciación a toda defensa, y no añadió ni un reproche, ni un juicio acerca de la conducta de Belle.

Con lentitud, ésta fué despojándose de algunas alhajas para devolvérselas a él.

—Quédate con ellas—dijo Ryan.

—No, gracias. Conservaré los vestidos. Eso sí... probablemente me harán falta. Créeme que siempre te

recordaré con afecto, con gratitud, Willie... Y ahora, adiós.

Quedóse Ryan abatido, huérfano de lo que era la ilusión de su vida, tomado de improviso por aquel golpe que no esperaba.

Su leal servidor el "espantamoscas", al entrar de nuevo en el despacho, exclamaba en tono altisonante de indignación:

—¡Se ha casado con él!

Willie salió al paso de su alboroto:

—No estoy colérico yo... y comprenderás que tú no tienes por qué encolerizarte...

El empleado acariciaba, como de continuo, la pistola, y su "principal" le advirtió:

—Pero si ese mozo la hace desgraciada... te autorizo para que le rompas el alma.

## V

### LA "VIUDA DE ENTRENAMIENTO"

Morgan se entrenaba concienzudamente, bajo la estrecha vigilancia del "profesor", que preparaba a su discípulo, acariciando sus miras de llevarlo al campeonato mundial.

Carreras, salto, saco de arena, toda la gama de ejercicios fortalecedores a que un púgil debe entregar-

se, gravitaban sobre la actividad de Steve, que nunca había metodizado de este modo tan rígido y tan duro su vida.

Con todo, sentíase contento, feliz con el amor de su mujer y las animosas esperanzas del "profesor", e ilusionado, con su optimismo ina-

### EL BOXEADOR Y LA DAMA

gotable, con los próximos y resonantes triunfos.

El "manager" no le dejaba un momento libre de sus consejos y sus admoniciones.

—¡Fortalece esa izquierda! ¡Esa respiración! ¡El estómago hay que trabajarla mucho más!

A veces, el muchacho poco menos que imploraba:

—Estoy muerto de sed.

Y su cuidador sólo le permitía la medida prefijada, casi siempre contraria a sus caprichos.

En otras ocasiones, era su mujer la que aguardaba con impaciencia que le dejaran un paréntesis libre a sus interminables entrenamientos.

“Ahora mismo termino” o “sólo me faltan diez minutos” la prometía él, en un instante en que la vigilancia del “profesor” se lo permitía.

Tanto el púgil como su esposa denostaban frecuentemente contra la férula dictatorial del “manager”.

Y éste acabó advirtiendo a Belle con toda su seriedad:

—Recuerda que el boxeador tiene sus horas fijas de trabajo, como en cualquier otra profesión. Mejor dicho, ha de ser un verdadero es-

clavo de su tiempo y la distribución de él. De otro modo, nunca será más que un pelele de recibir puñetazos.

—Yo creí que usted sólo estaba a cargo de los negocios. ¿Por qué no arregla otro “match”?

—Precisamente quería hablar contigo. Soy el “manager” de este muchacho, que es un gran boxeador, pero...

—Sí, usted cree que yo lo echo a perder...

—Eso es lo que quiero evitar.

—No comprende bien el cariño que yo siento por él. Sólo quiero hacer lo que le favorezca y lo que vaya en beneficio suyo. No es un cariño frívolo; porque no me sedujo su vigor, ni sus anchos hombros...

—Tú sabes que a algunas mujeres les encanta la fuerza, y éste es un mozo joven y bien plantado... Y si no, explícame...

—¿Qué por qué me he casado con Steve?

—Eso es lo que quisiera saber, ¿por qué?

—Pues porque me encanta el chiquillo ingenuo que, en el fondo, es

Steve. Porque además creo que, por su carácter, necesita ternura y protección...

Era tan limpio el acento de sin-

ceridad de Belle, que el viejo socarrón depuso sus temores:

—Te creo; perdona a este viejo sus ideas maliciosas.

\* \* \*

No tardaron en empezarse a realizar las esperanzas de Morgan y su maestro.

Era razón de que algo así ocurriese, pues la vida de un púgil sin pelear es de lo más difícil de resolver.

Uno de los principales empresarios de boxeo, Mr. Black, presentóse en casa de Steve a hacer sus proposiciones.

De lo primero que se habló fué de Willie Ryan, al parecer, accidentalmente, pero, en el fondo, y no pasó inadvertido para el "manager", como de la clave de la cuestión.

—Mr. Blake—explicó el "profesor"—es uno de los más importantes empresarios...

Este expuso en seguida concretamente su oferta:

—¿Le agradaría ganarse 500 pesos?

—¿Qué clase de pelea?

—Se trata de un combate con Ray Harrigan.

El "profesor" intervino en tono campanudo:

—¿Ha visto usted boxear a Steve?

Y luego, con gesto más azorado:

—Ahora bien, a ustedes no les importa gran cosa que el chico sepa boxear o no... aquí lo que se paga es ver al hombre que se ha casado con la muchacha de Ryan. Mil pesos en este caso es una bococa.

Como se ve, el viejo entrenador no tenía nada de leído y observaba a la perfección el verdadero sentido de las cosas.

Mr. Black le conocía de antiguo

y no ignoraba sus finas dotes de psicólogo:

—El mismo "profesor" de antaño—le dijo—; una verdadera perla para el boxeador que dependa de usted. Bueno, haremos trato... mil pesos.

—Doscientos por adelantado —exigió el entrenador, y Mr. Black no tuvo inconveniente en abonarlos, porque lo cierto era que aquel combate, con la circunstancia, favorable a la propaganda, de lo ocurrido con Belle, tenía un gran interés.

Cuando aquella oportunidad en forma de empresario, que tanto deseaban, se hubo despedido, Morgan, lleno de entusiasmo, exclamó:

—¡Mil pesos por mi segunda pelea! No sé quién es mi enemigo, pero le aplicaré un rápido "knockout".

Y, después, haciendo comentarios del próximo combate, el "manager" decíale a la esposa de Morgan:

—Ese Harrigan es un verdadero pugilista... pero, yo creo que no hay que inquietarse, Steve es mejor.

—Steve—observaba Belle, y en esto nadie podría regatearle la ra-

zón—se está poniendo muy finchado, excesivamente vanidoso.

—No importa; esa fachenda le hace más llamativo. Es el estilo que estusiasma a la multitud. Nuestro hombre será un boxeador de público. Ahora lo llevaré al campo para que comience inmediatamente a entrenarse.

Esto de ir al campo una temporada le pareció de perlas a la muchacha:

—¡Magnífico! Podemos pasar allí nuestra luna de miel.

Torció el gesto el preparador:

—Mira, te aconsejo que nos dejemos ir solos.

A ella le extrañaba aquella salida:

—Pero es que acaso el entrenamiento y la luna de miel tienen algo de incompatibles?

—Te diré... es mala combinación... química.

Belle, aunque no con toda diafanidad, comenzaba a comprender lo que de inconveniente tuviera una proximidad suya "intensa" a su marido. Pero se le ocurrió hacer esta objeción.

—Hay muchos pugilistas casados y no les impide esto actuar...

—En vísperas de pelea, se llama

a las esposas de los púgiles "viudas de entrenamiento".

—Está bien; si no hay otro remedio, me quedaré.

Y todavía intentaba defenderse:

—A él le gustan tanto mis guisos... no sé cómo se arreglará sin mí.

—Pues tiene que arreglarse sin... guisos de ninguna clase. Y ahora me voy, que tengo que despachar unos asuntos.

Mirando a su próxima viudez, ella preguntó al "profesor" con

marcados deseos de oír una contestación negativa:

—¿Regresará para la cena?

Al viejo socarrón no se le oculataba lo inoportuno de su presencia en aquella última noche de los recién casados, antes de empezar el concienzudo entrenamiento.

—¿Quieres de verdad que venga?

Belle no contestó.

—No temas; hay unas ocupaciones urgentes que no me permitirán venir.

## VI

### HACIA LA CUMBRE

A pleno campo, el entrenamiento de Morgan se llevaba a todo tren.

En un "ring" improvisado, sin que se apartase la mirada tutelar del "profesor" de él, además de todas las demás fases del período de entrenamiento, hacía, de cuando en cuando, combates con hombres for-

nidos, que a modo de conejos de Indias, a razón de diez pesos, aguantaban los golpes de aquella esperanza de campeón.

Algunos de estos entrenadores eran viejos marrulleros del "ring" que castigaban con rigor al menor descuido.

El "manager" era infatigable en sus advertencias:

—¡Cuida de mantener más baja la derecha! ¡Levanta esa izquierda! ¡Defiende el costado! ¡Ahora es la ocasión de un "uppercut"! ¡Por ese lado te alcanzarán siempre la mandíbula! ¡Cúbrete bien o, de lo contrario, encaja todo lo que venga por ahí!

Era frecuente que en estos combates, olvidando la parsimonia del adiestramiento, en el que es preciso estudiar cada golpe y cada contragolpe, se lanzase en tromba, irritado por cualquier "caricia" mal encajada, con el solo deseo de derribar al contrario.

Al "profesor" se le llevaban los diablos y, alguien de los que presenciaban los ejercicios, le decía:

—Déjale que se luzca, si el muchacho se "pica"...

—Está entrenándose, no en exhibición.

Aquel día enviaba a tierra, sin emplear a fondo todo su "punch", al hombre que le habían puesto delante, y con el aire infantilmente jactancioso que le era habitual, reclamaba:

—Póngame enfrente alguien con quien yo pueda pelear.

El preparador dióle la señal de haberle llegado el turno a otro de los "conejos de Indias":

—Anda, ve y gana tus diez pesos.

Alguien hubiera creído, sobre todo conociendo a Steve, que podría influir en su ardor combativo de aquella ocasión, el hecho de presenciar sus asaltos una hermosa muchacha rubia que, a lo que se veía, hacía también temporada de campo por aquellos alrededores.

El se acercó a la espectadora con la solicitud y galantería que rara vez abandonaba ante una mujer.

—Señorita, es un placer verla por aquí a menudo.

Sin la vigilancia del profesor se hubiera enredado en un diálogo, siempre prorrogable, sin dársele un ardite de su preparación.

Pero el maestro se lo llevó de grado o por fuerza a las cuerdas.

Allí notaba cómo el mozo esforzábbase, sólo pendiente de lucirse ante la bella admiradora, en demostrar las habilidades de su esgrima.

—Ataca de una vez! — le reprendió. — No estás en el teatro. No te hagas el interesante.

Al terminar la breve lucha, fué

en seguida al lado de la joven rubia:

—Ya me ve, siempre tan ocupado...

La muchacha no podía ocultar su satisfacción por verse atendida por el púgil.

—Esta mañana le vi cuando corría.

—¿Sí? ¡Qué casualidad!

—Fuí a bañarme al lago y usted pasó.

Y él, poniendo más calor en su acento, inquirió:

—¿Irá mañana también?

\* \* \*

Llegó el momento de la lucha entre Morgan y Harrigan, con numerosa concurrencia, ya que la segunda pelea de Steve, además del interés debido a otros motivos de que hemos hablado, despertaba en los medios de la afición bastante curiosidad.

La esposa del púgil no quiso acudir a presenciar el combate, por no presenciar el maltrato que, por mucha que fuese su ventaja, había de recibir.

Junto al aparato de radio escuchaba los incidentes de la lucha que el "speaker" iba pormenorizando.

La voz ronca del aparato explicaba:

"Morgan sale de su rincón sin acusar apenas el castigo de su adversario.

"Harrigan le ha pegado a Morgan un terrible golpe con la izquierda.

"Este Morgan demuestra que no es ningún alfeñique.

"Todo acusa que será un boxeador sensacional de peso completo.

"A Harrigan le tiemblan las rodillas.

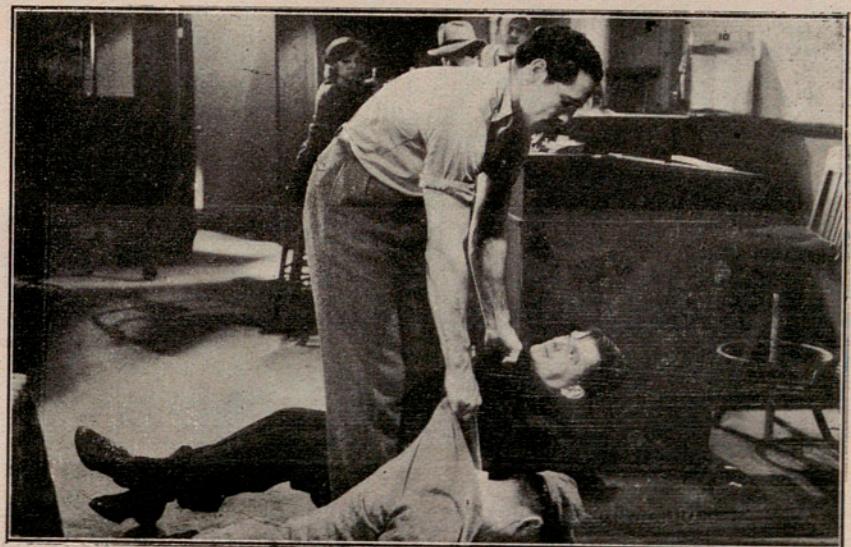
"La superioridad de Morgan se hace cada vez más patente".

Las amigas que acompañaban a Belle, comentaban las magníficas cualidades boxísticas de su marido.

Una recién llegada que había



...¡Devuelva el dinero quien no sea dueño de él!



...agarró a los dos beodos, uno en cada mano...



—¿Te inspiran temor los hombres fuertes?



—... créete que valgo la pena...



—La llevaré a la granja más próxima.



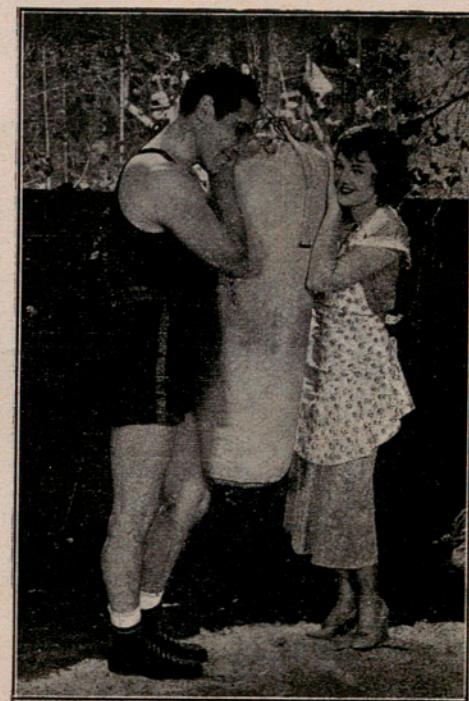
Sus miembros, no obstante su solidez, tenían proporciones armónicas...



—¡Me he casado con él!



... feliz con el amor de su mujer...



—Ahora mismo termino.



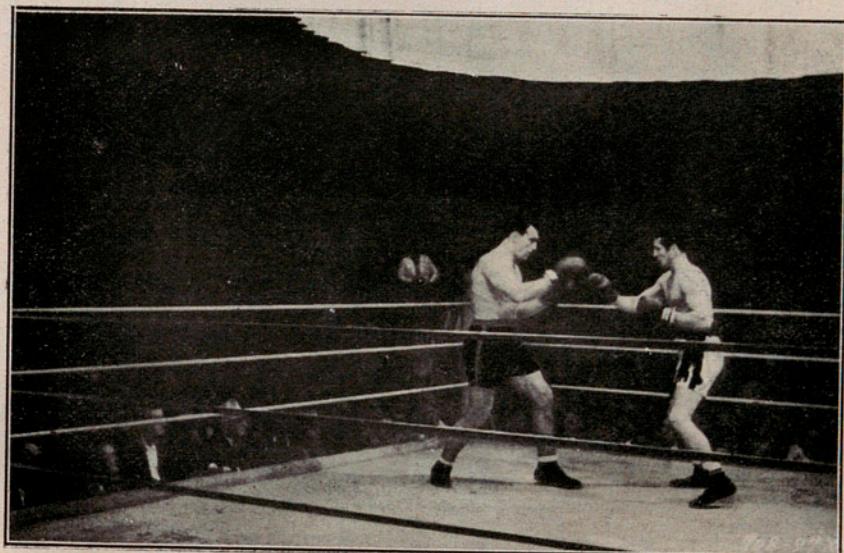
La admiración de los aficionados por Morgan comenzó a crecer...



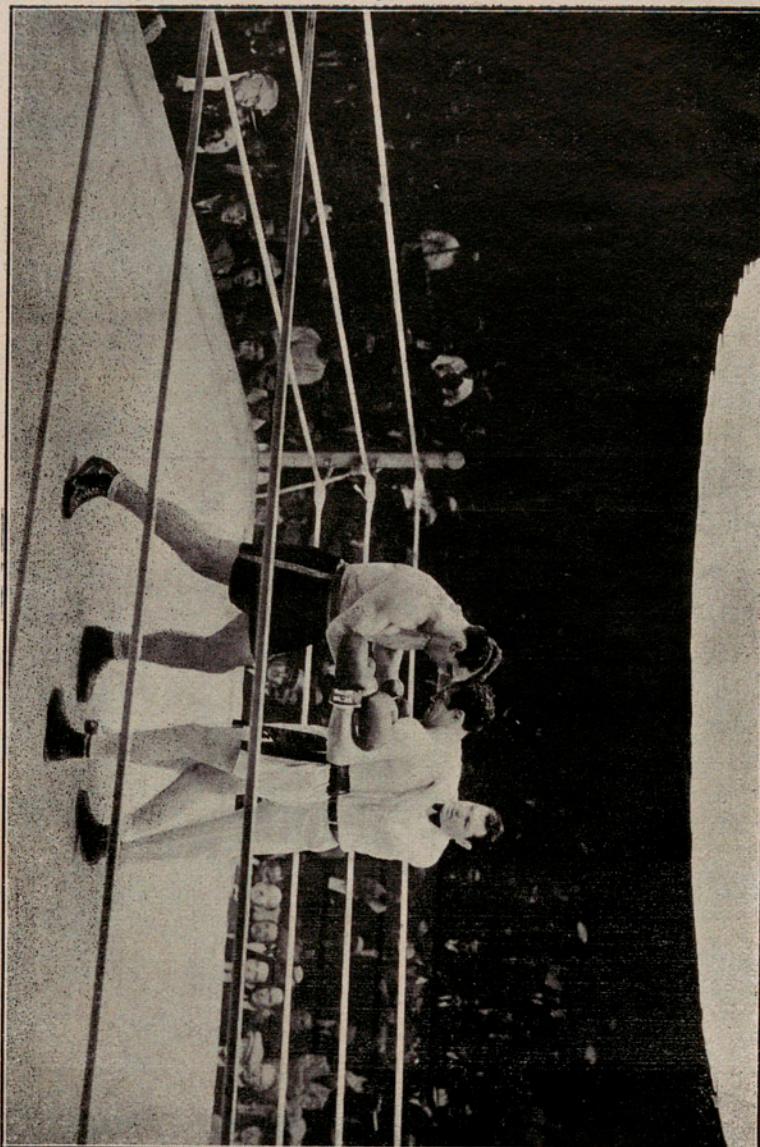
Llegó el momento de la lucha entre Steve Morgan y Harrigan.



—Diecinueve “knockouts” en un año, merecen algún premio.



... echóse de ver la superioridad de envergadura...



... aunque Morgan defendiese bravamente...

## EL BOXEADOR Y LA DAMA

presenciado parte del match, le dijo:

—¡Oh, parecían dos salvajes! ¡Qué hombres, sobre todo tu marido, más corajudos! Ya comprendo por qué no te gusta verle boxear.

El "speaker" continuaba:

“Parece que Harrigan está vencido”.

Y en el "round" siguiente:

“Se acabó el match, señores”.

La admiración de los aficionados por Morgan comenzó a crecer, y también la admiración de gran parte del elemento femenino, entre el que contábase una dama crepuscular que viendo combatir y aludiendo a la jugada hecha por Belle a Ryan, exclamó:

—¡Yo también me iría con él en cualquier momento!

A partir de la victoria sobre Harrigan, dió principio una serie de ininterrumpidos triunfos, que empujaban la carrera de Morgan con movimiento uniformemente acelerado.

Frecuentemente aparecían en los periódicos con gruesos titulares, epígrafes de lo más halagüeño para el joven boxeador.

“Morgan vence a Grinés, el Destructor”.

“Morgan, el impasible, dice chistes mientras derriba a Sweerney”.

Mientras, Willie Ryan, cuyo amor por Belle era el amor de un hombre que sabe dominar sus nervios, y que había tomado la táctica de esperar a que el poco soso del joven Steve le hiciera ver que todos sus sentimientos hacia ella no eran más que un momento de deseo que se apaga como una llama de relumbrón, contemplaba cómo ascendía el nivel profesional del muchacho.

—Lo hace bastante bien — decíanle sus amigos.

—Sí, como boxeador nada más.

Y como estaba también al tanto de varios prólogos de aventuras amorosas en que Steve indudablemente se dejaba querer, le preguntaron:

—¿Sabrá Belle de estos galanteos?

—Eso es lo que espero... que llegue a sus oídos.

¿Se acentuarían lo suficiente estos devaneos del admirado Morgan para provocar lo que Willie desearía?

## VII

## LA PRIMERA EXCUSA TELEFÓNICA

Morgan daba los últimos toques a sus preparativos para acudir al "souper" del Club donde Willie ejercía su férula.

Su buena etapa de victorias determinó al "profesor" a concederle un paréntesis de asueto.

Habíase vestido con un traje de smoking que sentaba a maravilla sobre sus miembros proporcionados.

El comentario sobre su vestimenta era digno de su buen humor:

—Muy bonito, pero no tiene cola.

—¿Cómo cola?

—Esas cosas que cuelgan por detrás.

Y referíase sin duda a los faldones del frac o del chaqué.

Ofrecióle a su maestro una copa de licor.

—¿Qué? ¿No se anima?

—No, ahora ya no bebo; sabes que ha resucitado el joven Gaff. Y Belle, ¿va contigo a la fiesta?

—Sí, se ha retardado un poco.

Al llegar Belle y contemplar a Steve en aquel plan desusado, hizo un gesto de verdadera extrañeza, y él explicó:

—Mi carcelero me permite divertirme esta noche.

Y el "carcelero" aclaró:

—Diecinueve "knockouts" en un año bien merecen algún premio.

Ella le dirigió la misma pregunta de ritual, cuando había tomado parte en algún combate:

—¿Te has lastimado, querido?

—Siempre me preguntas lo mis-

## EL BOXEADOR Y LA DAMA

mo después de cada pelea. Yo se lo preguntaría a los que se miden conmigo.

Y luego, más extrañada aún, al ver las copas de licor, Belle preguntó de nuevo:

—¿Te dejan beber ahora?

—Sí, es cosa decidida que la familia Morgan se divierta esta noche.

Y, aludiendo al traje negro:

—A mi tío le enterraron vestido así.

Después quiso apresurar a Belle:

—Anda, tenemos que darnos prisa, Tony nos espera.

—¿Por qué no vamos los dos solos a alguna parte? ¿No crees que lo pasaríamos mejor?

—Mujer, es conveniente ver a Tony; es accionista poderoso de una empresa de boxeo... y cuando yo eche abajo al campeón...

—Sigues siendo tan modesto como una violeta.

Una vez en el Club de Willie Ryan, su mujer le dijo muy contrariada a Steve:

—No debimos venir aquí. ¿Qué necesidad había de esto?

—Tony no ha hecho que nos reunamos aquí con mala intención.

¿Qué quieres que haga ahora?

En cuanto Ryan vislumbró a la pareja, dió esta orden al camarero:

—Sírvale lo mejor que haya en el establecimiento.

Y cuando estuvieron frente a frente Steve y Ryan, el primero observó:

—Yo estuve aquí el año pasado, ¿no se acuerda?

—Sí, nos acordamos perfectamente.

—¿Cómo va la caza de moscas?

No era una burla intencionada, pero sí una alusión irónica a aquella amenaza que un tiempo se insinuó delante de él.

Luego, tampoco con ánimo de mortificar a Willie, sólo con el desparpajo que le hacía decir siempre todas sus ocurrencias, añadió:

—¿No le parece que Belle está muy bien?

—Yo espero que sea feliz.

Siguiendo su tono infantil de zumba, pidió autorización Steve:

—¿Tenemos permiso ahora para bailar?

—Hombre, supongo que sí.

Todo hubiese ido en la velada como una seda, de no haberse hallado presente aquella rubia que

miraba a Morgan con ojos golosos, y de no estar sentada en la misma mesa.

¿Preparado todo, o favorecido por Willie? El caso es que las cosas se presentaron así.

El boxeador comenzó a deslizar algunas galanterías, que sonaban muy gratamente en los oídos de la joven, y una oportunidad se les deparó de hablar con más desahogo, con un hecho inesperado.

La concurrencia al Casino, que casi toda era habitual, no tardaba en advertir a Belle y a su marido.

Belle era muy cariñosamente admirada de los asiduos, cuando cantaba sus números todas las noches y, creyendo hacerle con esto un homenaje de simpatía, o deseando, al mismo tiempo, oír sus bellas canciones, o quién sabe si un poco influenciados por la circunstancia de lo ocurrido con Willie, comenzaron a correr la voz de que cantase la antigua canzoneta.

—Que cante Belle Mercer — se oyó al principio débilmente en la sala, y luego en un rumor general.

Belle no pudo negarse a complacer a aquel público que tan amablemente la recordaba.

Levantóse de su asiento y subió

al estrado, junto a la música.

Todo el mundo escuchó luego en silencio, la voz dulce y algo emocionada ahora de Belle.

Y entretanto, Morgan aprovechaba la ocasión para aproximarse más a su compañera y decirle:

—¡Qué dicha poder verla a usted aquí tan cerca! No crea que es cosa fácil olvidar unos ojos de esa calidad.

—¡Oh! Es usted muy galante. Resulta distraidísimo hablar con usted.

—Siendo así, ¿cuándo podré verla nuevamente, en otro sitio?

—No sea loco; acuérdese de que es casado.

—Eso no es un obstáculo que cambie mucho las cosas.

—Sí, pero...

—¿Se ha arrepentido ya de haberme hecho concebir esperanzas? Dígame, ¿cuándo podré verla?

Ni a Belle ni a ninguna mujer le hubiera pasado inadvertido lo que ocurría. Mientras cantaba, haciendo grandes esfuerzos por mantener la serenidad, estuvo advirtiendo claramente el galanteo.

Acabó la canción y aun no se había extinguido el eco de los

aplausos y Belle no quiso ir directamente a reunirse con su esposo.

Este seguía abstraído en su animado coloquio con su "flirt".

Era la primera vez que ella se cercioraba por sí misma de una infidelidad de Steve, y el dolor la ahogaba, hasta el punto de que hubiera roto en sollozos si todas las reservas de su voluntad no la contuviesen.

Willie, que acechaba y no perdía un pormenor de toda aquella comedia, ya casi dramática, salió a su encuentro.

—Has sido muy aplaudida, como siempre. No has perdido nada ni de gusto ni de voz. ¿Quieres que bailemos, que demos una vuelta?

Lo que quería ella era zafarse de todas las miradas, porque, sin duda, tenía las facciones descompuestas, y porque el llanto pugnaba por huir de sus ojos.

—Déjame ahora, Willie, regresaré dentro de un minuto.

—¿Vas a echar unas lagrimitas?

—No, quiero ponerme polvos.

—No digas eso. ¡Estás a punto de llorar!

—¡Bah, algo emocionada! Ya se me pasó. He tenido una gran preocupación con la pelea de Steve...

—¿Una preocupación parecida a la que él siente ahora por ti?

—¿Crees que me mortifica que esté bailando con otra? Es lo más lógico en un sitio como éste. Lo que pasa, además, es que ha bebido demasiado.

Willie acentuó su sonrisa amarga.

—Tú y yo sabemos muy bien que no es esa la razón.

—Me figuro todo lo que piensas, pero estás equivocado. El me quiere, Willie. Ahora, eso sí, me gustaría irnos ya a casa.

—¿Deseas que te ayude?

—No, gracias, no es necesario. Ya me las arreglaré yo sola.

—¿Cómo?

—Simplemente, con mi seducción femenina.

\* \* \*

Esperaba Belle a su marido aquella noche, a la hora de la cena, con el oído avizor creyendo escuchar su llamada de un momento a otro.

La llamada que escuchó fué telefónica, y al ponerse al aparato, y oír la voz de Steve, antes de que él le hablase, le dijo:

—No te entretengas nada. La cena está casi lista. Te he preparado todo lo que más te gusta.

Contestó una tos preliminar, como la del orador que no tiene bien aprendido su discurso, y luego dijo:

—¿No te molestará que no pueda ir a cenar? Se me hace imposible...

—Me contraría mucho.

—Es que... te explicaré. El "profesor" quiere que me quede aquí para hablar con unos periodistas.

Sabes que son cosas ineludibles. Si no fuera por eso volaría para estar junto a ti. ¡Ah, y quizás llegue tarde! ¡No me esperes!

Belle quedó invadida por la más honda tristeza, pues ni por un momento creía en la excusa de los periodistas, ni en ninguna otra.

Se percataba de que había comenzado el declive de las infidelidades, y que una vez en él, según de qué hombre se tratase, puede ser imposible recuperarle.

Estaba en estas reflexiones, a solas con los condimentos preparados y a punto de servirse, y entró el "manager" de Steve de excelente humor, como de costumbre, desde que los asuntos caminaban a toda vela, y acompañado de unos amigos.

—¿Dónde está Morgan?

En seguida le dió en la nariz el aroma de los peroles:

—Algo huele aquí muy bien...

—Ah, ya sé, serás tú...!

—¿Cómo está, "profesor"?

—Te traigo algunos recortes de periódicos para tu álbum.

Ella echó una ojeada sobre los fragmentos de diarios y pudo observar que en la mayoría de ellos se hablaba de "la bellísima esposa del joven boxeador".

—También me mencionan a mí —dijo.

—Claro, tú eres la compañera de un gran hombre.

—No sabe cuánto me alegro de que haya venido. Morgan salió a ver a unos amigos. Estoy tan sola...

El entrenador acercóse a uno de los peroles y pudo comprobar que allí había un "programa" succulento.

—¡Oh, no eras tú la que producía el aroma! Es el guiso. ¡Esto es magnífico! ¡Todo nos sonríe, Belle!

—¿Lo cree usted así?

—Claro, no puedes figurarte lo que hablan de Steve y de lo espléndidamente que boxea.

—Es verdad... Pero ustedes me han dado una sorpresa muy agradable. Me sentía solitaria. Quédense a cenar conmigo.

El "profesor" hizo una resisten-

cia de pura fórmula.

—No quisiéramos molestarte.

—Me causará mucho placer.

—Bueno... si insistes...

En esto, el "manager" fijaba su atención en el rostro de Belle

—¿Qué pasa? ¿Estás llorando?

—No... me ha saltado cebolla a los ojos.

Y unos deseos, ya incontenibles de llorar, le hicieron ocultar la cara en el pecho del "profesor", para sollozar largamente.

Este dióse cuenta de lo que sucedía.

—¡Ya le apretaré las clavijas a Steve! Va a saber quién soy yo.

—No, no. Es asunto mío, me las arreglaré como pueda. Yo creo que me las arreglaré.

Casi de madrugada, Steve volvía a su casa, con ese sigilo, esos pasos casi de ladrón con que se entra en el hogar después de la noche agitada.

Anduvo con sumo cuidado, midiendo las pisadas hasta la puerta de la alcoba.

La abrió lentamente y al entrar en el dormitorio, no oyendo ningún movimiento de su mujer, creyó que se encontraría en un profundo sueño.

Esto era lo que deseaba y cuando procedía a desnudarse, abrió los ojos ella y encontróse, de lleno, envuelto en su mirada.

—No quería despertarte —adujo él.

—No estaba dormida. Esperaba que llegases y ya ves si me ha tocado esperar.

—¡Oh, qué noche más insulsa! No puedes figurarte lo que me he aburrido. El "profesor" y todos esos periodistas se emborracharon completamente. Y yo, con unas ganas de dejarlos y venir aquí...

—Ya que hablas de periodistas, ahí tienes unos recortes de diarios encima de la mesa.

A Steve no le olió bien aquella coincidencia:

—¿De dónde los sacaste?

—El "profesor" estuvo aquí anoche...

Se derrumbaba toda la leyenda del pobre Morgan sobre su noche "insulsa" con los periodistas.

Belle asumió el tono de los reproches razonables.

—¿Por qué obras así? ¿Tienes algo de que censurarme, Steve?

—Escúchame, te lo ruego! No quiero que sufras sin motivo alguno. Esa mujer que tú sabes, no me importa un comino.

—¿Ni las otras tampoco? Mira, la mujer que ama se da cuenta de todo. Yo te he leído todas tus cosas en los ojos, esperando siempre que no permitirías que lo advirtiesen los demás. Sólo quiero decirte esto: seguiré a tu lado, como esposa tuya, a pesar de lo sucedido, porque todavía te quiero.

Steve se lanzó a besarla, en franca crisis de arrepentimiento:

—¡Mujercita, eres una joya! Eres lo más bueno y lo más bello del mundo.

—Pero si algo significo para ti, que esto no se repita otra vez. Evítame el dolor de aborrecerte.

El, con un gesto de colegial, que en realidad hacía un gracioso contraste con su hercúlea contextura, hizo la promesa de rigor:

—Te prometo que no volverá a suceder!

## VIII

## EL GIGANTE PRIMO CARNERA

En las primeras planas de todos los periódicos americanos aparecieron con letras del tamaño de los grandes acontecimientos, titulares acerca del gran suceso boxístico:

“Primo Carnera acepta el desafío de Morgan”.

¿Cómo se había logrado que el joven Morgan fuera incluido en un combate de tan insuperable magnitud?

La carrera de Steve era brillantísima, pero, a pesar de todo, algún agente interno, que hubiera obrado entre telones, tenía forzadamente que haber influido en el concierto del match.

Primo Carnera, el gigante italiano, era el campeón del mundo de todas las categorías. Su excepcional fortaleza titánica y sus dotes de boxeador hacían de él el campeón indiscutible.

Y no se trataba del campeón en declive, que un día aprovechó la cumbre de su forma y se espera que sólo precariamente pueda defender ya su título.

Carnera, después de tantas victorias aplastantes, después de haber pulverizado a Sharkey y de obtener siempre decisiones de las que no dejan lugar a discusión, detentaba el campeonato en pleno vigor de sus facultades, al parecer invencibles.

Desafiar a un hombre así, para quien llegó a pedirse que se le incluyera en una nueva categoría de pugilistas de pesos "extrapesados", a quien en la prensa, como epíteto más delicado, llamábale "mastodonte", probaba la ausencia absoluta de temor en el animoso Morgan.

Pero, al propio tiempo, el hecho de que el match hubiera llegado a concertarse, indicaba una fuerza decidida y oculta, interesada en el acontecimiento deportivo.

Como el combate era de magna importancia y el nombre de Carnera ya no necesitaba ningún reclamo, se decidió que la figura de Morgan, no excesivamente conocida, en razón de lo corto de su carrera, saldría beneficiada con una intensa propaganda.

Para ello emprendió una "tournee" de exhibiciones y luego, acudiendo a ofertas monetarias, realmente tentadoras, de una empresa, tomaba parte en una revista teatral.

En aquella revista, el aspecto simpático de Morgan, de un hombre hercúleo que se prestaba a alternar con las menudas coristas, fué un verdadero éxito de público.

Diaríamente acudía éste a contemplar los originales números de la revista.

Morgan, con los brazos semidesnudos, con un traje de tennis, elegantemente veraniego, rodeado siempre de una tropa disciplinada de señoritas de conjunto, hacía, en ritmo de danza, todas las evolucio-

nes que figuran en el entrenamiento de un boxeador.

Desde que se levanta y toma el desayuno, hasta que corre a pleno campo, pasando por los ejercicios de gimnasia, "puching", salto de comba, etc., etc.

Las muchachas, siempre en torneo de él, en caprichosas formaciones, remedaban los ejercicios del campeón.

Si éste desayunaba, todas, rítmica y cómicamente, desayunaban también.

Otro tanto si saltaba a la cuerda, si hacía contorsiones en anillas o flexiones ágiles con su cuerpo.

Cada cuadro, con su música y sus cantables, era largamente aplaudido.

Especialmente uno de ellos, en que el boxeador aparecía asomado a una ventana y las señoritas del conjunto, al lado de él, coreando una pegadiza canción:

*Si un pugilista se entrena,  
los ejercicios son rudos.  
Ha de trabajar de firme  
y olvidar a todo el mundo.  
¡Qué fortuna! ¡Hombre feliz!  
¡Lleva la suerte en el puño!  
¡Qué fortuna! Está en espera,*

*en espera del amor,  
mientras en la esquina acecha,  
acecha el competidor.*

*Mirad cómo le descargo  
un doble y terrible knockout.*

Y el púgil, imitado su movimiento por todo el coro de "girls", hacía el simulacro de descargar un tremendo puñetazo.

Otro de los números de gran visualidad era una carrera a pie, tenaz y prolongada en que detrás del boxeador iban quedando caídas, bajo el peso del cansancio, una a

una, las muchachas que le acompañaban.

Todas menos una, la más pequeña y vivaracha que, cuando el hercules caía a su vez, aparatosamente, sin poder aguantar ya aquel "raid", ella continuaba con alienos su competencia.

Estas alegres ocupaciones mantenían al retador de Carnera, alejado de su esposa, la cual veíase en el trance de admitir que aquel ajetreo era necesario para la carrera de su esposo, pero no ocultaba su sufrimiento.

\*\*\*

Belle había ido a ver a su marido.

No podía acostumbrarse a que se lo tuviera hurtado aquella exhibición teatral, que antojábasele insulsa y antipática.

Preguntó en los pasillos:  
—¿Está por aquí Steve?

—Está en su cuarto de vestir.

Cuando llamó en el camarín y fué vista por Steve hubo un momento para él extremadamente embarazoso.

Hallábase en íntima y agradable compañía, entregado a sacar par-

tido a eso, a su "partido" con las mujeres.

Dejó sólo a medio abrir la puerta, y, con visible azoramiento, rogó a Belle:

—Espérame un momento, querida; cosa de un minuto.

Fué el tiempo preciso para, apresuradamente, ordenar un poco la confusión del cuarto y ocultar a la "bella", en el primer sitio que la prisa sugirió.

Y al instante, afectando gran serenidad, dijo:

—Entra, entra; tenía grandes ganas de verte. ¿Quieres hacerme un favor?

Belle, en una ojeada, observó el panorama de botellas y copas, con todos los indicios de no tratarse de libación "individual".

—Has estado bebiendo, ¿eh?

—Tengo la cabeza muy pesada. ¿Por qué no vas a la farmacia a traerme una aspirina?

Claro que ella no hizo caso de la neurálgica indisposición.

—Supongo que no has estado bebiendo solo. Haz que salga inmediatamente tu compañera.

Esta, ante el inminente registro, que hubiese complicado más la cosa, salió con los ojos bajos y temiendo afrontar las iras de una esposa exaltada.

Al verla, Belle dijo, llenándose de dignidad:

—Yo soy la señora Morgan.

Ya se sabe lo autoritario e inapelable de una afirmación de este género.

La muchacha balbuceaba:

—Permitame que le explique...

—No es necesario, no tiene que decirme nada. Sólo es preciso que salga. Quiero hablar a solas con mi esposo.

La chica vió el cielo abierto (y la puerta también abierta), y apresuróse a desaparecer por el foro, dejando al "tenorio" que se las compusiese con su disgusto conyugal.

Vis a vis con su mujer, sin acercar a salir de su confusión, Morgan musitó:

—Lo siento mucho, Belle. Estoy apenadísimo.

—No vale la pena. Ni tienes que sincerarte.

—No creas que yo quiero a esa muchacha. ¡Te lo juro!

—Peor que peor. Si la quisie-

ras... quizás podría perdonarte.

El acertado sentido de estas pa-

labras vino a acentuar la confusión de Steve.

\* \* \*

Era cosa decidida por Belle.

Abandonaría definitivamente a su marido, para reanudar su vida pasada.

Como en esas crisis de revés sentimental se acude siempre a quien puede ofrecer todavía un afecto seguro, acudió a Willie; y en todo caso al empleo que pudiese brindarle Willie.

Cuando el "espantamoscas" inseparable de Ryan le anunció que Belle estaba allí, el empresario dijo con toda su impaciencia:

—Hazla pasar. ¿A qué esperas, hombre?

Una vez solos, la antigua canzonista expuso sus designios, no sin que antes le rogase él:

—Dímelo todo, como a un viejo amigo, ¿qué te pasa?

—Pues esto simplemente: soy una muchacha simpática, o, al menos, así se dice... voz agradable... cabellos rojizos... y busco un empleo

—Tengo uno que te viene de molde. En otro tiempo, ¿te acuerdas?, trabajaba aquí una muchacha. Todo el mundo la quería... y yo más que nadie...

—¿Está vacante ese puesto, por casualidad?

—Lo está. Pero, dime, ¿has roto con ese hombre por completo? ¿No te pesará en seguida? ¿Has sufrido mucho?

—¡Ah, Willie! Te dejé por un ridículo fantoche, un hombre de relumbrón, con la cabeza vacía. Te ruego que me perdes.

—Pero debes estudiar tus sen-

timientos. ¿Todavía lequieres?

—¡Odio hasta su recuerdo!

El paso estaba ya dado, pero Morgan, a pesar de sus devaneos, no abandonaba a su esposa a un impulso del instante.

Forcejeando con los que querían detenerle, presentóse en el despacho de Ryan.

Venía lleno de cólera y dispuesto, si era preciso, a hacer uso de sus puños hercúleos.

Sin dar explicaciones a nadie de su llegada, sólo ordenó con toda su ira a Belle:

—¡Vámonos a casa! ¡Ahora mismo!

Ella repuso:

—Estoy en mi casa.

—Váyase, Morgan — dijo Willie.

—¿Que me vaya? ¿Dónde están los que han de obligarme a ello? ¿Dónde están?

Iba a lanzarse contra Ryan y contra todo el que se pusiera por delante, y Willie, con su flema inalterable, llevó la mano al bolsillo de la pistola.

—¡No le mates, Willie! — exclamó Belle en un grito desgarrador.

Ryan, no sólo detuvo su propó-

sito, sino que le dijo entonces a ella:

—Puedes irte con él si así loquieres.

—No, quiero quedarme aquí, si está vacante ese puesto.

Y dirigiéndose a Morgan, que ya estaba algo más calmado:

—No volvería contigo, Steve, por nada de este mundo.

El boxeador convencióse de que por la fuerza no podía arreglar una resolución inapelable de su mujer, y salió, sin duda haciéndose el propósito de olvidar a la que le abandonaba.

La actitud postrada en que quedó Belle, después de aquella despedida violenta y definitiva, le hizo a su antiguo novio preguntar:

—Sientes una gran emoción, ¿verdad?

—Dispénsame, en este momento no sé lo que me sucede.

—Quédate descansando aquí un rato. Eso te hará bien.

Poco después Ryan encontraba a su decidido "secretario".

—¿Quiere que lo mate ahora?

—No serviría de nada. Ella está todavía enamorada del mozo, no hay más que verlo.

Y, acto seguido, dedicóse con sus

incondicionales a informarse de algo que le interesaba de verdad.

—¿Qué hay de la gran pelea?

Se refería al anunciado combate Carnera-Morgan, por el que demostraba especial interés y en las gestiones del cual, como vamos a ver, intervenía activamente.

—¿No se fija el plazo ni se concretan las condiciones de la lucha?

—La empresa del Garden quiere dinero.

—¿Madison Square Garden quiere dinero? ¿Cuánto pide?

—Veinticinco mil dólares.

—No quedará por esto. Llamad a Grant, el redactor de "La Tribuna".

El leal mastín del empresario tenía un gesto desazonado, viendo cómo un hombre de los recursos de aquél andaba soliviantado por causa de Belle y de Morgan.

Ryan lo observaba.

—No pongas esa cara de lástima, hombre.

—Me subleva más que a usted mismo lo que ocurre.

—Déjate de eso. Que vayan preparando los encabezamientos para el match de Morgan y Primo Carnera. Pondré en manos de Dempsey

un cheque certificado. Pero que no se mencione mi nombre. Solamente figurará como el obsequio de un aficionado.

—Ocupándose de la organización de ese match, está usted haciendo un gran favor al mozo...

—¡Bah! Primo Carnera lo convertirá en pulpa. Es como una torre y como un ariete. El hombre más formidable que ha pisado el ring.

—¿Por qué no le da carta abierta a Sonny?

Desde luego, Sonny, el espantamoscas, ya hubiera dado cuenta de la arrogancia de Steve, pero Willie, con su no escasa inteligencia, opinaba:

—¿Para qué? Sería inútil. Ella le amaría después de muerto. Lo que hay que conseguir es que deje de amarle, y que él viva cuanto quiera... Si logro empequeñecerle ahora ante ella, será un gran paso, y me daré por satisfecho.

—Con el tren que ha tomado de vida, se preparará entre coristas y juergas, y seguirá creyendo, el muy fatuo, que va a vencer al campeón.

—Levanta todas las apuestas que sea posible por ese alcornoque. Es

fácil que su fracaso le anule en todos los terrenos.

Ahora nadie dejará de explicar-

se cuál era la fuerza oculta interesada en aquel combate sensational.

\* \* \*

Era aquél un instante de presolemnidad, prólogo del gran acontecimiento.

Se reunían, para ultimar el contrato, las principales figuras del match Carnera-Morgan, los promotores y los mismos protagonistas.

Allí estaba Jack Dempsey, el empresario, el hombre que dió más lustre en su tiempo al arte pugilístico, el que con razón fué llamado

el "tigre" porque la acometividad en avalancha, de su primera época, no se volvió a conocer.

Al verle, se evocaba su combate con la esperanza de Europa, Georges Carpentier, que sólo fué un hombre indefenso en sus manos; su batalla homérica con el "Toro salvaje de las pampas", Firpo, por el que fué lanzado fuera de las caderas, sin que por ello dejase de plan-

tarse sobre la lona, con más vigor que antes, y de hacer doblar repetidas veces la mole de su enemigo. ¡Tiempos de oro del pugilismo aquellos en cuya etapa era Jack Dempsey la representación!

—¿Dónde está Primo Carnera? —se preguntaba entre los congregados.

—El campeón es el último que sube al cuadrilátero—observó uno.

Y presentóse el italiano, cuyas proporciones insospechadas hacían hincharse el traje de calle sobre sus hombros de titán.

Ello y su estatura le destacaban de todos cuantos aparecieran junto a él.

—Yo creía que era usted un gigante—hubo quien le preguntó con zumba.

Y celebróse la reunión con todas las formalidades, no sin que se le

rogase a todo aquel prestigio que se llamaba Dempsey:

—Jack, usted colóquese en medio. Otros promotores de boxeo lo hacen, y usted con mayor razón.

—Como quieran, señores. Mi deseo no es otro que complacer.

El hizo las afectuosas advertencias de rigor a los futuros contendientes.

—Ahora, muchachos, ya saben lo que se espera de su capacidad pugilística. El público paga para ver una gran pelea. No se le puede defraudar.

—¿Quién hará de árbitro?—preguntó una voz.

—La comisión nombra el árbitro el mismo día del combate. Así que hay dos meses para discutir este asunto.

Y quedó concertado en firme el match.

PARA EL TÍTULO MUNDIAL

No dejaría de tomar parte en el incidente entre Morgan y su entrenador, la irritabilidad del primero desde lo acaecido con su esposa.

El "profesor" le hablaba de la dureza del entrenamiento a que era preciso someterse y, habiendo observado que se dejaba tentar frecuentemente por la bebida, en la primera ocasión en que pudo comprobarlo, le arrebató las copas y le dijo de muy mal talante:

—Prefiero que te diviertas con mujeres, antes de aplicarte al alcohol.

—No quiero nada con mujeres!

—¡Sea como sea, tenemos que ganar el campeonato!

—Tenemos! ¿Acaso es usted quien aguanta los puñetazos?

—Vete con tino; puedes perder la pelea, lo mismo que perdiste tu mujer.

Con la confianza acostumbrada entre maestro y discípulo, aquél le samarreó a éste y le dió un violento empellón.

—¡Ah! ¿Conque sí?

Y Morgan descargó una bofetada en la mejilla del "profesor".

El "manager" todavía quiso que aquello se olvidase.

EL BOXEADOR Y LA DAMA

—Siento mucho este arrebato, Morgan.

—De hoy en adelante, yo arreglaré mis propios asuntos. No le necesito para nada.

Al día siguiente, el maestro reaparecía en la taberna:

—¿Tiene algo de beber?

El mozo que despachaba le preguntó:

—¿Está en vena de alegrarse?

—No, es que el joven Gaffney ha muerto por segunda vez...

\*\*\*

Noche de gran pelea en Madison Square Garden.

Todo el graderío del stadium estaba abarrotado de público.

Las luces, con enormes pantallas que vertían raudales de claridad sobre el ring, presentaban un efecto deslumbrador.

Los "speakers" despachábanse a su gusto, ponderando los pormenores de la sensacionalidad.

“Se acerca la pelea de Steve Morgan con Primo Carnera.”

“Primo Carnera va a defender su título contra Steve Morgan. Es una noche memorable... Una in-

mensa muchedumbre venida de todas partes invade hasta el último rincón. Al Jonson acaba de llegar. Al Smith está estrechando la mano de Bugs Baer. Gene Tunney, el famoso campeón mundial, que fué, también, figura entre la concurrencia."

Las voces estentóreas ante el micrófono, iban señalando a los concurrentes más populares entre el público americano.

El murmullo de aquel hormiguer humano era un sordo fragor.

Belle y Ryan, en dos asientos de "ring-side", se disponían a presenciar el combate.

El observaba en su compañera un ligero temblor.

—¿Tienes frío, o pánico tal vez?

—En absoluto— mintió ella—; quisiera que dejases hecho un trapo a Morgan esta noche.

—¡La pelea va a comenzar! — anuncia la voz del "speaker".

El hombre destinado a anunciar los pormenores preliminares del combate, gritó desde el ring:

—Señores, no habiendo llegado a un acuerdo los contendientes y sus empresarios acerca de los dos candidatos propuestos como árbitros, la comisión de boxeo permitirá que un tercero, elegido por ambas partes, actúe como árbitro en la pelea de esta noche. Tengo el gusto de presentar al promotor de este match, el antiguo campeón en persona, Jack Dempsey.

Dempsey fué objeto de una calurosa ovación.

—Los jueces, Ed Smith y George Blacke, y el marcador del tiempo, Billy Coe.

Todos ellos, para satisfacción del público que presenciaba un verdadero acontecimiento con las principales figuras, eran célebres en el mundo deportivo.

—¡Aquí tenemos al campeón mundial, Primo Carnera! Presentaré, además, algunos famosos luchadores y pugilistas del pasado.

Y fueron desfilando hombres de tanto valer como Joe Rivers, el peso ligero de California; Fields, el an-

tiguo campeón de los ligeros; Billy Papke, campeón mundial de peso mediano; Strauhgler Lewis, el colosal campeón de lucha, y figuras del más respetable abolengo pugilístico que, erguidos todavía y mostrando la fortaleza de la vejez sana, a pesar de su pelo blanco, daban la sensación de ser otra vez temibles en caso de calzar los guantes. Jess Willard, el que pudo vencer a aquel campeón por antonomasia, que fué el negro Jack Johnson; James Jeffries, toda una historia brillante del boxeo.

Y por último:

—¡El gran acontecimiento de esta noche! ¡Diez rounds para el campeonato mundial de peso completo! El retador, Steve Morgan; peso, 203 libras. El campeón del mundo, Primo Carnera, peso, 265 libras.

El árbitro elegido, Dempsey, acercóse a los combatientes y les dijo:

—Que sea ésta una lucha limpia, pero defiéndase cada cual. Estrecháos las manos. En caso de que

alguien caiga, retírese el otro a la esquina neutral.

Y principió el combate.

Desde los primeros tanteos echóse de ver la superioridad de envergadura y de peso abrumadora a favor del gigante italiano.

Esto, unido al defectuoso entrenamiento a que Morgan habíase entregado, lejos de la vigilancia inflexible del "profesor", determinaba un "handicap" formidable para su enemigo.

En el primero, segundo y tercer encuentro, aunque Morgan defendíase bravamente, se advertía una diferencia fundamental: él acusaba los tremendo mazazos del mastodonte, mientras que éste, a pesar de ser fortísimo el "punch" de Steve, en la mayoría de los casos sonreíase con su boca de enormes dientes y sus grandes facciones angulosas.

Belle, desde su sitio, seguía los incidentes de la lucha.

—Está lleno de confianza en sí mismo—dijo.

—Eso es sólo baladronada — contestó Ryan.

Cuando el gigante preparaba un ataque de sus puños de cíclope, Belle exclamaba:

—¡Steve, cuidado!

Pero el estado de cosas iba de mal en peor. El castigo que asimilaba Morgan era tremendo. El campeón lo acorralaba en las cuerdas y le mecía de un puño a otro en tremendo ganchos de izquierda y derecha.

Sangraba el retador y presentaba todo el cuerpo tumefacto.

Belle, ya sin atención a su disimulo, saltaba en su asiento.

—¡Oh! Deben detener esa carnicería.

—Nada de eso. Se merece todo lo que recibe. Ahora no parece tan presuntuoso.

Llegó un momento en que estaba cada cual en su esquina, al sonar el gongo, y Morgan parecía un despojo o un naufrago fugado de galeras.

Con la cabeza vencida, en un mo-

vimiento de ella, pudo ver a la que fué su esposa. Y ésta le animó con la más tierna de las sonrisas.

En cambio, Carnera enarcaba, hinchido de vigor, su enorme tórax, como el fuelle potente de una fragua, y distendía sus dorsales, sus bíceps y sus tríceps, como masas móviles de hierro.

El "profesor", allí presente, hacía a Morgan indicaciones desde su sitio:

—¡Usa la izquierda! ¡La izquierda!

Aquello hubiera sido el maltrato de un guíñapo con suficiente coraje solamente, si los que querían a Steve no llegan a reaccionar.

Belle pidió al "profesor" que ayudase a Steve y el buen hombre, que no anhelaba otra cosa, olvidando toda rencilla, saltó al cuadrilátero.

Steve, con los ojos apagados, miró al maestro con toda gratitud:

—¡Oh, "profesor", cómo me alegro de verte!

Y con tono vencido, lastimero, murmuró:

—No puedo con él.

—Tú pelea como si fueras a ganar... Acuérdate de mis lecciones de antaño. Mantente siempre a distancia. ¿No ves que todo está en que es excesivamente pesado para ti? Y, acuérdate... Belle, no deja de mirarte... y de quererte... Tienes que sacar fuerzas de donde no las haya.

A partir de aquí, la reacción de Morgan, bajo las indicaciones constantes de su verdadero "manager", fué creciendo.

Con los últimos residuos de su coraje, y con la práctica de atacar sólo a distancia, el gigantesco cam-

peón comenzaba a acusar los golpes del adversario.

Hubo momentos en que su rostro huesudo expresó hondas muecas de dolor.

Y hubo también un instante en que, entre el rugir de la multitud, dobló el titán la rodilla, y vióse en un crítico instante.

Extinguido el último "round", la decisión del "speaker" anuncia:

—La decisión de los jueces y del árbitro es la de empate en el encuentro. Primo Carnera sigue campeón.

Se había salvado el fracaso rotundo que cercenase en flor la carrera de Morgan.

\*\*\*

Ni Belle podía ni sabía ocultar su regocijo, ni Willie Ryan dejaba de advertirlo.

Ella, para justificar algo su actitud durante el combate memorable, aclaró a Ryan:

—Perdí la cabeza durante la pelea, ¿no es cierto? Al parecer, necesito otro "shampoo". Pero, no importa, las emociones me hacen bien a la voz.

—¿No vas a cantar esta noche? De lo contrario, te dejaré cesante —bromeó Ryan.

Y sacándole de entre cortinas, presentó al propio Steve a los ojos atónitos de Belle:

—Aquí tienes tu regalo de despedida. Un poquito maltratado, pero creo que no le desdeñarás por eso. Sólo deseo, como siempre, que seas feliz, Belle. Adiós.

Morgan corrió a arrodillarse delante de su esposa.

—¿Me quieres? —preguntó ella, como en la época de novios.

—Te quiero tanto, que voy a echar al olvido mis infielas de gran hombre. Quiero vivir sólo para ti.

—No lo permitiré. Eres un gran hombre; pero debes renunciar a lo pasado.

—¡Siempre he dicho que eras lo mejorcito de la tierra!

Y Belle vió otra vez en los ojos de Steve aquella luz de niño sinceramente arrepentido, que tan gracioso contraste hacía con su hercúlea corpulencia.

Y perdonó.

Perdonó con toda la ternura de su alma.

FIN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. — Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre	Las tres pasiones.	La princesa se enamora. Honor entre amantes.
El gran desfile	Cristina, la Holandesa.	Amanecer de amor. Para alcanzar la luna.
Miguel Strogoff o el	¡Viva Madrid, que es	El gran desfile (edición El hombre que asesinó
Correo del Zar	mi pueblo!	Rindase!
La princesa que supo	Sombras blancas.	Du Barry, mujer de pa. La calle.
amar	La copla andaluza.	El prófugo.
El coche número 13	Los cosacos.	Amores de medianoche.
El fin de familia	Icaros.	Miguel Strogoff o el
Mare Nostrum	El conde de Montecristo	Correo del Zar (edi-
Nantás, el hombre que se	La mujer ligera.	ción popular).
vendió	Virgenes modernas.	La hermana San Sulpicio
Cobra	El pagano de Tahití.	El demonio y la carne
El fin de Montecarlo	Estrellas dichosas.	(edición popular).
Vida bohemia	La senda del 93.	Hay que casar al prin-
Zazá	Esto es el cielo.	cipe.
¡Adiós, Juventud!	Espejismos.	Inspiración.
El judío errante	Evangeline.	El proceso de Mary Du-
La mujer desnuda	Orquídeas salvajes.	Pareja de baile.
La tía Ramona	El caballero.	Al Capone (Pánico en
Casanova	Egoísmo.	Chicago).
Hotel imperial	La máscara del diablo.	Mi último amor.
Don Juan, el burlador	El pan nuestro de cada	Muchachas de uniforme.
de Sevilla	día.	Marido y mujer.
Noche nupcial	Vieja hidalgua.	Mata-Hari.
El séptimo cielo	Posepción.	Congorila (fuera de se-
Beau Geste	Tentación.	rie).
Los vencedores del fuego	La pecadora.	Carceleras.
La mariposa de oro	El beso.	Erases una vez un valle.
Ben-Hur	Ella se va a la guerra.	Hombres en mi vida.
El demonio y la carne	Los hijos de nadie.	Niebla.
La castellana del Líbano	El pescador de perlas.	Rebeca.
La tierra de todos	Santa Isabel de Ceres.	Indeseable.
Trípoli	Las dos huérfanas.	Tarzán de los monos.
El rey de reyes	La canción de la estepa.	El terror de la hampa.
La ciudad castigada	El precio de un beso.	La vuelta al mundo por
Sangre y arena	La rapsodia del recuerdo	Douglas Fairbanks.
Aguilas triunfantes	Un yanqui en la corte	Chica bien.
El sargento Malacara	Del rey Arturo.	Recién casados.
El capitán Sorrell	Estrallados.	Champ (El campeón).
El jardín del edén	Cuatro de infantería.	Maternidad, o el derecho
La princesa mártir	Olimpia.	a la vida (fuera de se- Los amores de José Mo-
Ramon	Monsieur Sans-Géne.	ric).
Dos amantes	Sombras de gloria.	Carbón (La tragedia de El caballero de la noche.
El príncipe estudiante	Mamba.	Arsène Lupin.
Ana Karenine	Ladrón de amor.	La dama del 13.
El destino de la carne	Molly (la gran parada).	Amor en venta.
La mujer divina	El valiente.	El pecado de Madelón.
Alas	De frente, marchen!	Claudet.
Cuatro hijos	Prim.	La casa de los muertos.
El carnaval de Venecia	El presidio.	Titanes del cielo.
El ángel de la calle	Romance.	El proceso Dreyfus.
La última cita	El gran charco.	La vida de un gran ar-
El enemigo	Tempestad.	tista.
Amantes	El dios del mar.	El último varón sobre la
	La bailarina de la Ope-	Tierra.
	ra.	Fantomas.
	Moulin Rouge.	Violetas imperiales.
	Ben Ali.	Soy un fugitivo.
	Los cuatro diablos.	Teresita.
	Ricé, payaso, ríe!	La película de las estre-
	Volga, Volga.	llas. Grand Hotel (fue-
	La sinfonía patética.	ra de serie).
	Un cierto muchacho.	Hollywood al desnudo.
	Nostalgia!	Sangre roja.
	La ruta de Singapore.	El doctor X.
	La actriz.	Emma.
	Mister Wu.	Primavera en otoño.
	Renacer.	El hijo del destino.
	El despertar.	Ella o ninguna.
	La melodía del amor.	El enemigo en la sangre.

El azul del cielo.	Irusta-Fugazot-Demare	Los crímenes del museo.	Un hombre de corazón.
El monstruo de la ciudad	(fuera de serie).	El secreto del mar.	Sierra de Ronda.
El hombre que se reía	Los tres mosqueteros.	Mis labios engañan.	El rey de los fósforos
del amor.	(Los Herretes de la reina).	No dejes la puerta abierta	La Cruz y la Espada.
Susan Lenox.	Milady (2.ª parte de Los tres mosqueteros).	Dos noches.	El canto del ruiseñor.
Mercado de mujeres.	Esclavitud.	La melodía prohibida.	Adiós a las armas.
Manos culpables.	La calle 42.	El primer derecho de un hijo: Tú eres mío!	
La princesa se divierte.	Las dos huferanitas.	Canción de Oriente.	La mundana.
La mano asesina.	Cabalgata.	La amargura del general	Catalina de Rusia.
El rey de los gitanos.	Secretos.	Yen.	Tempestad al amanecer.
El sargento X.	La feria de la vida.	Boliche.	Santa.
Los seis misteriosos.	Una morena y una rubia.	La vida privada de Enrique VIII.	Belleza ala venta.
Esta edad moderna.	Como tú me deseas.	Fra Diavolo.	Alalá.
La novia de Escocia.	El relicario.	El padrino ideal.	La hermana blanca.
Besos al pasar.	El amor y la suerte.	El judío errante.	La Reina Cristina de Suecia
El mayor amor.	Una visita romántica.	El hijo de la parroquia.	Por un solo desliz.
El expreso fantasma.	Rasputín y la Zarina.	Lefty Lynton.	¡Se ha fugado un preso.
Al despertar.	Usana tiene un secreto.	Barrio Chino.	El error de los padres.
El robo de la Monna Lisa (La Gioconda).	20.000 años en Sing Sing	Yo, tú y ella.	La ciudad de cartón.
La edad de amar.	Inúerfanos en Budapest.	Un ladrón en la alcoba.	Honduras de infierno.
Salvada.	Milagro?	El cantar de los cantares.	Doña Francisquita.
Divorcio por amor.	Vivamos hoy.	La llama eterna.	El agua en el suelo.
Corazones sin rumbo.	Odio.		
Corazones valientes.			

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

### Próximo número:

### EL SENSACIONAL ASUNTO ESCLAVOS DE LA TIERRA

por RICHARD BARTHELMESES y DOROTHY JORDAN

(Pase sus encargos inmediatamente, para servirlos  
por riguroso turno)

Recuerde usted estos títulos:

DOS MUJERES Y UN DON JUAN, AVES SIN RUMBO,  
EL NEGRO QUE TENIA EL ALMA BLANCA  
SOBRE EL CIENO

¡Haga sus pedidos desde ahora mismo!

**EDICIONES BISTAGNE**

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

## Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

### Ediciones ideales

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché.

Precio: 50 cts.

### El film de hoy

52 páginas de texto. - 5 Ilustraciones interiores.  
Postal-regalo.

Precio 50 cts.

### EL SOBRE MOJICA

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

### Cowboys y Detectives

Asuntos de emoción, completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Y LAS SELECTAS

### EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.  
250 títulos publicados.

Precio: 1 peseta

### EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

El éxito de los éxitos

# La reina Cristina de Suecia

por la genial GRETA GARBO  
y JOHN GILBERT

Dos ediciones agotadas

PRECIO POPULAR: 1 PESETA

**En breve:**

El film máximo de

Joan Crawford

Alma de  
Bailarina

¡Haga sus encargos  
desde ahora mismo!

---

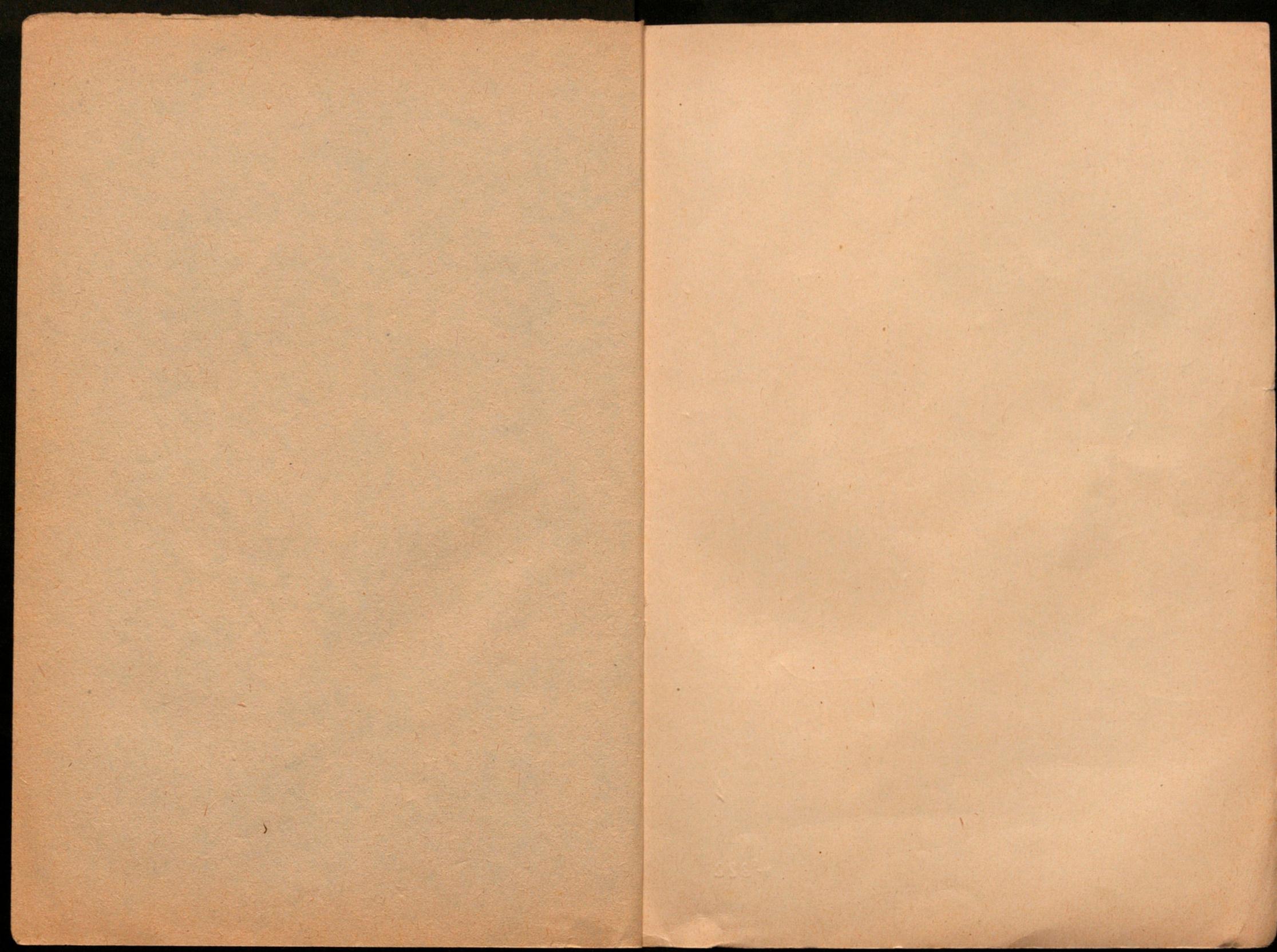
Remitimos Catálogos  
ilustrados, gratis y  
sin compromiso, a  
quien nos los solicite.

---

**Ediciones BISTAGNE**

Paseo Paz, 10 bis -:- BARCELONA

---



E. B.

Nº322

Precio: Una peseta